LA

ESCUELA DE LA AMISTAD

Ó

EL FILOSOFO ENAMORADO.

COMEDIA.

PRECEDE

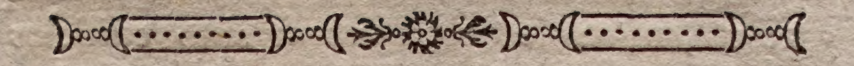
UNA APOLOGÍA DEL VULGO

CON RELACION

Á LA POESÍA DRAMÁTICA.



CON LICENCIA EN MADRID.
EN LA IMPRENTA DE FERMIN VILLALPANDO,
AÑO DE 1796.



APOLOGÍA DEL VULGO

CON RELACION

Á LA POESÍA DRAMÁTICA.

Quando el estupendo Lope de Vega osó afirmar en su *Nuevo Arte* de escribir Comedias sin arte, que para agradar al pueblo en las representaciones del Teatro, era preciso desnudarlas de toda regularidad, y dexarlas entregadas enteramente al capricho é imaginacion desenfrenada de los Poetas; no parece que quiso decir otra cosa, sino que el vulgo ha recibido la racionalidad solo para amar los despropósitos, y admirar las extravagancias. Quien oiga aquel fallo magistral, repetido y defendido fastidiosa y pertinazmente por todos los que no saben escribir sino desatinos, habrá de persuadirse que el vulgo carece absolutamente de sentido comun; que sus potencias no admiten el conocimiento de la verdad; que su juicio nace condenado por una fatalidad inevitable al error y á la depravacion de las ideas; que la verdadera belleza le debe ser eternamente desconocida; y por último, que

al vulgo no se le debe tañer sino música gatesca, ni se le deben labrar sino edificios churriguerescos, ni se le deben pintar sino mamarrachos, ni se le deben predicar sino gerundiadas: porque el vulgo no admite, ni aplaude sino lo monstruoso, lo absurdo, y lo extravagante. Pobre vulgo! Los Comicastros cargan sobre él la culpa de su propia incapacidad: y ufanos y triunfantes con el feliz suceso de sus sandeces y delirios, se aseguran tanto mas en su injusta recriminacion, quanto vén que en efecto son á veces los mayores despropósitos los mas celebrados.

Dos siglos ha que predomina en el Teatro Español esta opinion detestable, que achaca al vulgo la irracionalidad bárbara que le hace negado del todo al conocimiento de lo *bueno* y de lo *bello*. Los doctos de España, encerrados en los cotos de las profesiones lucrativas, ó entregados quando mas á una erudicion austéra, recóndita, y excesivamente prolixa, desdeñaron la amenidad de las Artes de ingenio; y como si temieran profanar sus ceñudas doctrinas con el maridage de los estudios agradables, miraron el Teatro con alto sobrecejo, y le dexaron en manos de la gente del oficio; quiero decir, de Poetas mercenarios, y de recitantes idiotas. Los Poetas, sin ningun género de freno, y obligados á escribir mu-

cho para ganar mucho, se entregaron con furor á los ímpetus desconcertados de la fantasía, y todo lo representaron, ménos la verdad y la decencia. Los recitantes, árbitros supremos para imponer la ley á los Poetas, siendo idiotas impusieron leyes idiotas. El vulgo indocto en sí, y ansioso de divertirse de qualquiera suerte, se acostumbró á admitir las monstruosidades á favor del deleyte que lleva en sí toda imitacion, representacion, ó remedo; porque es muy cierto, que las Artes imitativas agradan principalmente porque *imitan*, porque copian y contrahacen. No hay que buscar en otras fuentes la depravacion de nuestro Teatro. Considerado éste como un mero instrumento de licitud ambigua, para dar al pueblo tal qual entretenimiento, en el concepto de los Moralistas, pasó por abominable; en la opinion de los sábios pasó por ocupacion fútil; y los que pudieran saber las reglas por la vasta comprension de sus estudios, ni las recomendaron, ni las practicaron. El siglo tambien, que declinó hácia las sutilezas y ojarasca poética quando se cultivó con mas fervor la Poesía dramática, dió el último toque á la corrupcion, que muy desde los principios se habia introducido en la escena Española. Esta es, en pocas palabras, la grande historia de nuestros delirios teatrales: en la qual nunca tuvo el vulgo otra

culpa, que la de no haber apedreado á los primeros que le acostumbraron á gustar de los despropósitos. Pero en el vulgo no hay otra regla de discernimiento que la del deleyte; y como los monstruos deleytan tambien en la imitacion, mal podia conocer el vulgo, si el placer que sentia en la vista de aquella irregularidad, nacia de un principio racional, ó de un sentimiento maquinal, independiente de la reflexîon, y del juicio.

No haré yo cargo á un desgraciado Poeta alquilón que venda sus escenas para comer, de què en sus rapsodias dramáticas siga el rumbo que le señalaron ingenios grandísimos, quales lo fueron indubitablemente Lope, Calderon, Velez de Guebara, Castro, Mira de Mescua, Moreto, Solís &c. No le culparé de que puesto en la corriente de la corrupcion, deribada de causas muy arraigadas en la constitucion de nuestras ciencias, estudios y operaciones, se dexe llevar de ella suavemente, y tome el dinerillo que necesita para sustentar las necesidades de esta miserable vida. No le reprehenderé porque no intente en el Teatro una reforma, que él sería incapaz de hacer; y se ajuste del modo que pueda al abandono que experimenta la escuela general de las costumbres, y de los modales urbanos. Hasta aquí puede permitírsele á un mal Poeta, ya que

nuestros pecados son tantos, que se considera el Teatro solo como un mal tolerado para que se péque menos. Pero quando este mismo Poetastro, queriendo hacer del docto y del entendido, se arroje desde los despropósitos de su Musa alquilona al exceso de defender las monstruosidades, con la vieja y rancia cantinela de que el vulgo no gusta sino de desaciertos; entónces creeré yo tener derecho para conjurarle el error, y darle á entender, que las cosas buenas en sí, son enteramente amables: y que esta es la diferencia que hay entre lo que agrada por extravagante, y lo que agrada por bello; á saber, que lo primero es variable y perecedero, como fundado en los caprichos de la ignorancia humana; y lo segundo, es evidente é indestructible, como fundado en las leyes inalterables de la naturaleza. Porque es muy cierto, que así como la verdad y la virtud son cosas que no pueden dexar de agradar eternamente á los hombres, por mas bárbaros é ignorantes que sean, así tampoco puede dexar de agradarles la verdadera belleza en las obras de las Artes, porque esta belleza no es otra cosa que la imitacion artificiosa de lo que la naturaleza executa en sus obras y seres; y lo que esta executa en sus obras y seres, agrada y agradará siempre á los hombres.

Para que se entienda esto con facilidad,

y se conozca á toda su luz la injusticia con que el gran Lope trató al vulgo, y á su gurupa los insípidos imitadores de su desquadernada imaginacion, no hay sino poner á la vista la verdadera naturaleza del Arte Dramático, y el blanco y fines á que se enderezan sus reglas.

El alma ó esencia de las composiciones Dramáticas es el remedo ó la imitacion: lo que se remeda ó imita son las acciones de los hombres: las acciones de los hombres proceden siempre del genio, índole, inclinacion y pasion que predominan en cada uno: y estos mismos impulsos hacen que sus obras sean buenas ó malas, nobles ó ruines, bellas ó ridículas. Aquí está el campo en que se exercita el Arte Dramático; y aquí está en estas pocas palabras el gran depósito de aquellos materiales durables, que bien empleados por el Poeta, le grangearán aplausos y admiracion eterna; ora escriba quando el gusto del público se halle estragado, ora quando sepa discernir la imitacion monstruosa: lo que agrada siempre en la verdad misma de la naturaleza, no puede dexar de agradar en el remedo y la copia. No así en lo que pende del puro capricho ó antojo facticio de la razon humana mal ordenada. Como esto es fantástico, y desconocido en el órden natural de las cosas, está sujeto á continua caduquez y des-

truccion, ni mas ni menos que sucede en las modas, de las quales nadie sabe dár razon, ni acarrean otro placer que el de la novedad pasagera. Las monstruosidades del Teatro agradan por el mismo motivo que las modas. Los Dramas ajustados á la verdad de la naturaleza, agradan por la razon que agrada la naturaleza misma.

Es, pues, la primera regla del Arte Dramático *la verosimilitud*. Debe haber verosimilitud en la accion de la fábula: debe haberla en la constitucion, ó modo de conducirla: debe haberla en las costumbres: debe haberla en los lances ó situaciones; y por último debe haberla en los pensamientos y en las palabras. Porque ¿qué viene á ser la *verosimilitud* en las composiciones dramáticas? No otra cosa que el Arte de representar en cabeza de personas fingidas las acciones de los hombres que exîsten realmente, y los acontecimientos que estas mismas acciones ocasionan en el comercio de la vida. El almacen (digámoslo así) de donde se toman las materias para la construcion de esta verosimilitud, es la filosofia práctica, ayudada de la experiencia y conocimiento del mundo. Pocos son los que ignoran que las pasiones son los moviles de las acciones humanas: pero los medios con que obran estos moviles, y los efectos que producen en la conducta de cada hombre, son

cosas de suyo tan abstrusas, y sujetas á tanta variedad, segun el concurso de las circunstancias, que sin el auxîlio de un estudio profundo y observacion diligente de lo que es y obra la naturaleza humana, apenas dará el Poeta Dramático una pincelada que no degenere en monstruosidad. Las pasiones constan de caractéres fixos é inalterables, que resaltan constantemente en la conducta de los hombres. Se sabe ya como obra un avaro, como un ambicioso, como un vano, como un disoluto &c. y el estudio y representacion de estos caractéres serian muy fáciles, si se dexasen ver siempre en la simplicidad de su naturaleza, no mezclados, ni complicados con otros afectos. Pero como el corazon humano es un depósito de las pasiones todas; y aun quando predomine en él una con especialidad, exercen tambien las demas un cierto influxo que imprime mucha variedad en los efectos de la pasion que predomina: de aquí es, que solo á muy grandes Filósofos, y muy experimentados en el comercio de la vida es dado alcanzar estas variedades, estos caractéres mestizos, y representarlos con propiedad y verosimilitud. La edad, el temperamento, el estado, la educacion, los objetos mismos sobre que recaen las pasiones, alteran, modifican y varian de tal modo sus efectos, que estando reducidas á muy poco número las raices de todas, es in-

calculable la diversidad de aspectos con que se presentan en las obras y conducta mortal. Es una la ambicion, y son inumerables las especies de ambiciosos: es una la vanidad, y son infinitas las especies de vanos. En una palabra: la historia de las pasiones es muy semejante á la de los brutos. Los caractéres genéricos de estos son muy pocos: las variedades específicas aun no se han reducido á cálculo.

Tal es, empero, la piedra de toque, por donde, aunque sin saber dar la razon de ello, estima el pueblo el valor de las buenas representaciones dramáticas: y tal es el valor que distingue del falso el verdadero Poeta Dramático. En el trato de la vida experimentan los hombres diariamente los efectos de las pasiones con la misma variedad infinita de que hemos hablado: y esta experiencia les dá el discernimiento que se necesita para conocer y admirar la propiedad de la copia. Quanto mas sea esta verosimilitud; quiero decir, quanto mas se acerque á lo que los hombres hacen y obran en la comunicacion de unos con otros, tanto mas admirada será, tanto mas grata y acepta al pueblo. ¿Acaso el mérito de un retrato, no está en que se equivoque con el original? ¿Y ha habido hasta ahora quien por rudo, por tosco, por idiota que sea, haya dexado de celebrar un buen retrato?

Retraten los Poetas al hombre qual es en si: pongan en la escena sus pasiones, sus deseos, sus inclinaciones, sus cuidados, sus procederes, y lograrán, sin la menor duda, ser admitidos en todos tiempos: porque en todos tiempos serán los hombres unos mismos. Los viejos y mancebos de Terencio son los mismos que los de hoy. Aun quando varian los usos de las naciones, no varia la excelencia del pincel que los pinta. Así se conserva la historia de la inconstancia humana: y en esta parte las composiciones Dramáticas son los verdaderos y mas útiles anales de las Naciones. Pero no hay la misma facilidad en los Poetas para representar bien los caractéres de las pasiones, como la hay en el pueblo para discernirlos. Y aquí es donde estando toda la culpa de parte de los malos Poetas, quieren salvar su crédito á costa de desacreditar al inocente vulgo. La ignorancia y la ineptitud de ellos para la execucion, la achacan á una ingorancia que no hay en el vulgo realmente. El vasto campo de la verosimilitud está muy abierto, y muy accesible á la comprehension del vulgo, digan lo que quieran los Poetastros de alquiler; pero está muy cerrado y muy duro para la insensatéz de los Poetastros. Nada bueno se puede hacer en la profesion Dramática sin estudio, sin observacion, y sin talento proporcionado. Con el estudio se

adquiere el conocimiento especulativo de las pasiones: con la observacion se consigue notar practicamente en el trato del mundo los modos inumerables con que estas mismas pasiones se modifican segun las circunstancias en que obran : y aun estos dos requisitos quedarán estériles , si la naturaleza no dota al Poeta de un cierto instinto, de un cierto temple de capacidad , apta para representar bien las ideas adquiridas con el estudio y la observacion. Estos instintos los escasea mucho la naturaleza ; y aun quando fuera muy liberal de ellos , siempre hallarán los Comicastros mas comodidad en escribir monstruosidades , que en ajustarse á la lentitud grande y melancólica que requiere la puntual representacion de la naturaleza humana. Lope necesitaba el Teatro para comer; y la ganancia estaba en vender abundantemente su mercancia. Amaba por otra parte la gloria ; y para conservar los laureles tomó el rumbo de achacar á la necedad del vulgo los delirios á que le obligaba la necesidad de su vientre.

Mas no basta que las composiciones dramáticas sean *verosimiles* , es menester que tambien sean *bellas*. La verosimilitud constituye por sí un cierto grado de belleza: y esto se vé en que todas las cosas bien imitadas ó inventadas con naturalidad agradan á todo género de gentes. Pero esta be-

lleza sola por sí causaria un placer muy languido en el Teatro: porque de la misma suerte que en el trato ordinario de la vida civil nos hacen muy poca impresion los sucesos comunes, freqüentes y regulares que engendran los estados, y las ocupaciones de los hombres; así tambien nos heriria muy poco en la escena la imitacion de estos sucesos ordinarios, por muy grande que fuese la propiedad con que se representasen. Por otra parte, es menester ajustar las imitaciones al fin de cada Arte. De un modo copia la Historia, de otro la Poesía: el fin de esta es, *enseñar deleytando*. El deleyte, pues, es un ingrediente principal en las imitaciones dramáticas: y de tal modo, que si falta el deleyte en ellas, falta lo sustancial de su estructura. Debe, pues, el Poeta Dramático enseñar por medio del placer; pero por medio de un placer racional, propio, *bello* en una palabra. Porque la belleza es el instrumento del placer: y tanto en la naturaleza física como en la moral, nada hay, nada exîste, que no agrade por la belleza con que se presenta á nuestros sentidos, ó á nuestra comprehension. Esta es una de las leyes mas admirables que la benéfica Providencia ha establecido en el órden de la naturaleza racional. Hizo deleytable quanto nos es útil, para que lo apeteciésemos. Hizo fastidioso quanto nos es

pernicioso, para que lo repugnasemos. Lo deleytable es bello: lo fastidioso feo y torpe. El mal está en que pervertidas la razon y la voluntad humana, han traspasado los límites, y á fuerza de inventar placeres materiales, han subordinado la parte racional á la brutal, y han adulterado así las ideas primordiales de la *Belleza*.

Los sábios antiguos inventaron las Artes para ocurrir á esta depravacion. Escudriñando con sagacidad profunda el laberinto de la naturaleza humana, é investigando los fines y destinos de sus potencias, consumaron por fin la grande empresa de reducir á reglas todos los ministerios del entendimiento. Regularon el *juicio* por medio de la Lógica: el *ingenio* por medio de la Poesía: la *locucion* por medio de la Oratoria. Con la primera enseñaron los medios de hallar la verdad y de mostrarla: con la segunda los medios de hacer bellas las imitaciones de la verdad: con la tercera los medios de persuadir la verdad con el instrumento de la palabra. Las reglas que contienen estas Artes, son seguras, ciertas, constantes, esenciales para que el entendimiento desempeñe los ministerios de sus potencias del modo que conviene á los fines y destinos de la racionalidad humana. Si esta no estuviese depravada, ni sujeta al error y extravio, estas Artes serian inútiles:

ó por mejor decir, nunca hubiera necesidad de inventarlas. Pero el riesgo de la depravacion, inspiró las reglas: y con ellas posee el entendimiento un hilo seguro para caminar sin peligro de perderse en el laberinto de sus mismas obras. Los que maldicen, pues, de las reglas de la Poesía Dramática, maldicen propiamente de los destinos de su misma racionalidad: son defensores de los delirios, abogados de la insensatez, fautores y patronos del entendimiento corrompido. Hacen lo mismo que los que intentasen desterrar el estudio de la Lógica, fundándose en que el hombre raciocina naturalmente: el de la Oratoria alegando que es natural en el hombre el conato de persuadir lo que desea. Los mismos Poetastros que patrocinan el desarreglo de la escena por la utilidad que en ello experimentan, harán recia irrision de una oracion gerundia, quando les venga á cuento hablar del estado miserable á que decayó entre nosotros la eloqüencia del Púlpito: y sin embargo, entre un monstruo teatral de los que ellos abortan, y una oracion gerundia, no hay mas diferencia que la que resulta de la diversidad de las Artes á que cada obra pertenece.

Enseñar deleytando por medio de la accion verosimil: tal es el objeto del Teatro. La belleza es la madre del placer, es la que

le excita y produce. Y el placer en la Poesía sirve señaladamente para que á vueltas de su alhago se beban las lecciones útiles, que propuestas en tono seco y didáctico, no serian oidas ni recibidas. ¿Y quál es la belleza que corresponde á la Poesía Dramática? No otra que la que se ajuste á los principios de la razon bien ordenada: no otra que la que sin desviarse de los principios de la razon bien ordenada, excite mayor placer, y llene los fines de cada obra. La Historia tiene sus reglas: tiénelas la Poesía. El Poeta que mezcle entre sí estas dos Artes, forjará un monstruo: y será el monstruo mucho mas deforme, si la Historia pasa á la escena revestida con los accidentes de Drama. Las acciones todas de un héroe enseñan en la Historia, porque allí se vén las causas que le induxeron á obrar, y los efectos malos ó buenos que sus acciones ocasionaron, á veces en su nacion, á veces en la suya y en las estrañas. En la escena no pueden verse estos moviles y efectos: y la representacion de las hazañas de un héroe viene á quedar en un simple embeleso que nada enseña ni significa. Por lo tanto, aunque los Dramas históricos, tan abundantes en nuestro Teatro, causen placer al vulgo quando se le representan, este placer no nace de la bondad de la obra, sino de las mismas cosas en sí, siempre agradables de

qualquier modo que se vean. Nadie hay que no guste de un buen diamante, aunque le vea engastado en corcho: ó lo que es mas ajustado á nuestro intento, nadie hay que no guste de los jaspes, mármoles y pórfidos, aunque empleados en un edificio monstruoso. El pueblo no se para en la deformidad del edificio dramático, embelesado con la hermosura de la materia. Cárlos V., por exemplo, agrada en la escena por la misma razon que admiraba aquel Cesar á sus contemporáneos. Aquí los aplausos van al héroe, no al Poeta. En los Dramas sensatos van al Poeta únicamente: porque siendo todo suyo, materia, y estructura, recae el aplauso sobre el creador. Si los Poetastros quisieran entender esto, se contentarian con vender sus obras, sin aspirar á engreirse con ellas, porque las ven aplaudidas.

La belleza nace parte del *artificio*, parte del *talento*. Al artificio pertenece lo que se llama *regularidad*, de cuyas leyes están llenos los libros en que se enseña la Poética. La regularidad sirve en la Poesía Dramática para el mismo fin que les sirve al pintor y escultor el estudio de la Anatomía. El hombre ama naturalmente el órden y la proporcion, porque vé impresas estas qualidades en todos los seres de la naturaleza: cada ser posee sus proporciones, que qua-

dran con los destinos á que ha sido creado: y el Poeta en esta parte no hace mas que imitar el órden natural de las cosas, y seguir sus pasos. El fin ó destino de las obras dramáticas es enseñar por medio de la accion: esta accion, pues, debe ser natural, proporcionada, construida de tal modo, que no repugne al órden con que las obras de la naturaleza llenan continuamente sus fines. En el órden de la naturaleza entran las pasiones de los hombres, y los acontecimientos que éstas producen. Si el Poeta no pinta con naturalidad estos acontecimientos, quiero decir, si hace que las pasiones obren como no deben: si las fuerza, si las violenta, si las desquicia del tenor con que ellas proceden naturalmente, no pintará la vida de los hombres, sino su propia fantasia: y entónces no hará un quadro dramático, sino una mamarrachada: una obra que no hallará en la naturaleza otra á quien se parezca. Esta obra no será *bella*: porque la desproporcion de los *medios* con el *fin*, de las *partes* con el *todo*, desconcertará la estructura natural que le corresponde. Aquí tienen su lugar las leyes de las unidades, de los episodios, de las partes de las fábulas &c. pero se debe entender, que estas leyes no solo se enderezan á que la obra sea verosimil, sino á que sea sumamente bella; tal como en la Escultura no solo sirven las

reglas para hacer estatuas regulares, si no principalmente para hacerlas hermosas y agradables, cada una en su género. El artificio une en sí lo mejor del órden que exîste realmente en la verdad de la naturaleza: esta procede con órden y proporciones, mas no siempre con órden y proporciones que causen placer muy vivo. Los inventores de las Artes buscaron en la conducta de la naturaleza aquellos modos de obrar y ordenar que engendran mayor placer; y por esta imágen ó idea (para hablar platónicamente) modelaron la construccion de las composiciones dramáticas. No es lo mismo ser una cosa *extraordinaria*, que ser monstruosa: al reves, de lo *extraordinario natural* nace casi siempre la belleza; y en este *extraordinario natural* consiste propiamente la belleza de la forma, constitucion y economía de las fábulas poéticas. Un suceso puede representarse naturalmente de infinitos modos; pero la Poesía enseña á representarlo por los medios mas agradables. Si los Poetastros tuviesen bastante capacidad para comprehender esta magia del artificio dramático, acabarian de convencerse de que hay mayor seguridad en agradar con las reglas, que con las monstruosidades. El mal está, en que los Poetastros ni comprehenden este encanto del artificio, ni quando lo comprehendan, acertarán á expresarlo del modo conve-

niente. Si quieren ajustarse á las reglas, no haran mas que cadáveres; porque faltandoles el talento, no sabrán inspirar alma á la regularidad.

Al *talento*, pues, toca llenar debidamente el objeto de las reglas, llevando la *belleza* al mayor grado de perfeccion que sea dable en cada especie de obra. Y aquí es donde el ingenio, ayudado del estudio y de la observacion, sabrá hallar y escoger las acciones, los caractéres, las ocurrencias y accidentes que mas conduzcan para que la regularidad tenga vida, aliento, y todos aquellos hechizos que arrebatan irresistiblemente la admiracion y aplauso del auditorio. Las reglas no suministran la materia de las acciones, pero enseñan á inventarlas con novedad y naturalidad agradable: no alcanzan á crear caractéres, pero enseñan á hacerlos obrar con propiedad: no inspiran episodios, pero enseñan á enlazarlos con la accion principal, para que formen con ella un todo proporcionado: no engendran situaciones, pero enseñan quales son las mas bellas, y su economía y distribucion para que progresivamente crezca el interes: no hallan desenlaces, pero enseñan á executarlos quando convenga, y como convenga. El campo de las acciones, de las costumbres, de los episodios, de las situaciones, del interes, del nudo, y del desenlace de la fábula, está

abierto á la invencion del Poeta: y en su mano está buscar y escoger lo mejor, lo mas bello, y mas oportuno. Hecho este hallazgo y esta eleccion, las reglas surtirán todo su efecto; la obra será perfecta, la magia del artificio encantará sin remedio: porque entónces se unen entre sí las bellezas del arte con las bellezas del ingenio; y la naturaleza misma se verá vencida en esta union maravillosa. Se verá vencida, decimos, y con razon: porque en la verdad de esta lo *extraordinario* yace como abismado entre la muchedumbre infinita de sus operaciones comunes; y solo se dexa ver, ó de tarde en tarde, ó á los que la observan con diligencia: y en las obras dramáticas aparece siempre la imitacion de lo mas extraordinario que ella executa, tanto en sus operaciones, como en el modo de desplegarlas. Rara vez, por exemplo, se verá en el órden comun de las cosas un conjunto de accidentes tan nuevos, y agradables como los que acumuló Plauto en su Avaro: pero como dentro de los términos de la verosimilitud caben todos aquellos acontecimientos, el Poeta, aplicando á una sola persona y á un solo hecho los que se verifican en muchos, (ó pudieran verificarse naturalmente, por no haber en ello imposibilidad) hace extraordinaria su obra: es decir, la hace bella, y se apodera así del corazon de

los oyentes. La grande habilidad del Poeta está en saber buscar este *extraordinario natural*, fuente y origen de la belleza. Aquí obran de mancomun el talento, el estudio y conocimiento del mundo. Saber inventar acciones nuevas, pero naturales; caractéres abultados, pero verosímiles; situaciones picantes y exquisitas, pero necesarias; episodios estraños, pero oportunos; enredos apretados, pero no violentos; desenlazes inesperados, pero que vengan como nacidos de la misma accion: saber, digo, hallar y executar todo esto, es dado solo á los que conocen al hombre, y las posibilidades de la naturaleza. ¿Y quánto desvelo, quánta experiencia, quánta perspicacia no presupone este conocimiento?

Pero la verosimilitud y la belleza deben ajustarse al *fin* de cada obra, porque segun es el fin, así varian los medios, y con ellos se modifican la belleza y la verosimilitud. El fin de las Tragedias es, para mí, enseñar á los poderosos la inconstancia de las grandezas humanas. Todo, pues, habrá de ser grande en ella; porque la fatalidad en cosas pequeñas hace poca impresion en los poderosos; y entónces no resulta el escarmiento que se les debe ofrecer á la vista, para que aprendan á moderarse, y comedirse en el uso del poder. La accion será grande, lo serán las perso-

nas, las pasiones, los sucesos, las situaciones, las mudanzas, y los éxitos ó desenlaces. Si qualquiera de estas cosas aparece pequeña, mezquina y ruin en una Tragedia, no podrá de modo alguno llenar su fin; y la misma distancia entre las cosas hará palpable la verdad de esta observacion. Si á personas grandes las hace obrar el Poeta en accion pequeña, tal como en unos amorcillos de pisaverdes, en fraguar el casamiento de un amigo, ú otras cosas tales de que están llenas nuestras Comedias, entónces, sobre no resultar el fin del escarmiento atroz, se degrada la magestad del personage, y no aparece en la escena sino como pudiera un Don Juan, ó un Don Diego. La persona grande se acomodará necesariamente á la mezquindad de la accion: y ve aquí por qué en casi todas nuestras Comedias de Reyes parecen estos tan baxos y miserables. Si la accion es grande y las personas pequeñas, sucede lo mismo en razon contraria: las personas estarán fuera de su elemento; los sucesos les vendrán muy holgados; sus pasiones serán gigantescas, y todo en ellas forzado, y como si las estirasen con máquina, á la manera de aquel tirano que descoyuntaba á sus huespedes de corta talla para que llenasen la medida del lecho. Lo mismo á proporcion acaece en la Comedia. El fin de esta es corregir los vi-

cios del pueblo por medio de la ridiculez. La risa entra esencialmente en el caracter de la Comedia. Es, pues, menester que todo sea en ella popular: nada alto, nada sublime, nada que salga de los términos ordinarios de la vida civil. No se curarian los abusos, si la ridiculez recayese sobre materia no apta para engendrarla. Los defectos mismos en que caen las personas poderosas consideradas meramente como hombres, hallan su antídoto en este quadro ó espejo de las costumbres viciosas: porque tanto puede aprender un Príncipe en el Avaro de Moliere, como qualquier simple ciudadano. En la Tragedia se representan los peligros de los empleos supremos: en la Comedia se representa al hombre sin empleo: por lo mismo ésta abarca mas campo, y su utilidad es transcendental á todo género de gentes. Las bellezas, pues, de la Tragedia han de manifestarse todas con el color de la sublimidad: las de la Comedia con el de la familiaridad comun que se observa en la vida sociable, y en las ocupaciones del pueblo.

Mas no por esto se entienda que pretendo reducir rigurosamente las obras dramáticas á las dos solas especies de Tragedia y Comedia irrisoria. Estoy muy léjos de asentir á la rigidez impertinente de ciertos eruditos broncos, que asidos á no sé qué

reglillas de pura arbitrariedad, han querido cercenar las alas al ingenio humano, y estrechar los límites de la verosimilitud, como sino fuese posible enseñar en la escena sino haciendo llorar ó reir. Hay en el hombre mil sentimientos deleytables, independientes de la lástima y de la risa; ó para decirlo con mas claridad, son muchas las cosas que deleytan al hombre, sin que ó se compadezca ó se ria; y son tambien innumerables los acontecimientos que pueden enseñar al hombre por medio de aquellos otros sentimientos que no arrancan lágrimas ni carcaxadas. No todo placer nace de la ridiculez: y la representacion de las acciones buenas en cierto grado, y por cierto aspecto, causarán en el pueblo una impresion tan deliciosa, como la del caracter mas ridículo. Y pues la naturaleza humana está amasada con una gran diversidad de sensaciones deleytables, tanta quantas pueden ser las impresiones convenientes á su felicidad, ¿por qué los Gramáticos han de querer privar al hombre en la escena de lo que no les privó la naturaleza en su creacion? Lo digo, porque para mí nunca pasará por defecto que la accion principal de una Comedia no sea ridícula, con tal que por otra parte, ligándose á las leyes inescusables de la verosimilitud, propiedad y belleza excite vivamente uno de aquellos pla-

ceres que envuelve en sí la extructura de nuestra humanidad. Ni la antigüedad adoptó tampoco en la práctica esta servil rigidez á que han querido reducirnos los Gramáticos. Culpan mucho á Terencio porque no hace reir tanto como Plauto ó Aristófanes: pero yo digo, que si las pinturas naturalísimas de Terencio despiertan en el animo del oyente tanto placer, ó mas que las bufonadas de Plauto, y las irrisiones burlescas de Aristófanes, aquel gran retratista de la naturaleza humana será para mí tan admirable cómico en sus gracias circunspectas y comedidas, como los otros en sus imágenes grutoscas. No haga reir Terencio, está bien, pero encante, pero arrebate, pero embelese con aquel pincel maestro que pone en la escena, no ya imágines exâjeradas de los hombres, sino á los hombres mismos, quales los vemos en la misma verdad. Será la Comedia de Terencio una especie diversa de la de Plauto: séalo en buena hora. La vida civil se alarga á límites muy dilatados; y en la grande amplitud de su ámbito cabe infinita variedad de representaciones, que bien manejadas por el Poeta, pueden agradar y enseñar. Si exîstiesen algunas de las *Pretestatas* de Roma, acaso veriamos una comprobacion de lo que decimos aquí. Lo que importa es no forjar monstruos, y poseer talento para expresar bien

la *Belleza dramática* del modo que la hemos bosquexado anteriormente.

Poseyendo este talento, y ajustando las obras á la *verosimilitud bella*, los Poetas pueden estar seguros de que agradarán siempre al pueblo, y este agrado producirá dos efectos muy importantes. Primero, mantener la racionalidad en las artes: segundo, hacer util su deleyte. Ya hemos dicho que el hombre por rústico é ignorante que sea, no puede dexar de hallar deleytable lo que envuelve en sí deleyte esencial por constitucion de la naturaleza. Y si el intento del arte es reconcentrar en las obras de ingenio lo mas bello y mas apto para engendrar placer, sin desviarse de los principios de la razon, ¿cómo no ha de agradar al pueblo lo que contiene en sí las máquinas mas poderosas para excitar el agrado? máquinas construidas con pleno conocimiento de la constitucion racional, y de lo que en ella hace mayor impresion? En esta parte es muy poca la diferencia que hay entre un Orador y un Poeta Dramático: varían en los medios, pero los muelles de que se valen son unos mismos. Un Demóstenes arrebatará siempre los corazones del pueblo, porque el arte le enseñó los modos infalibles de poner en movimiento la voluntad humana, y llevarla á donde el Orador la encamine. Tales son tambien los mue-

lles ocultos del Poeta Dramático. El arte le enseña las fuentes inagotables de la belleza imitativa: y si el talento desempeña bien el objeto de las reglas, arrastrará tras sí, que quiera que no, la voluntad del auditorio; porque aquellos muelles estan tomados del conocimiento de lo que mas gusta naturalmente á la voluntad humana, y las impresiones de la naturaleza son indelebles en los hombres, y siempre se dexan llevar de los objetos que las estimulan. Lastimoso desengaño es este para los comicastros; y aun tambien para los factores y patronos de la barbarie en todo género de letras. Pero consuélense con que nuestras declamaciones no alcanzarán á quitarles el pan. El mal no viene de ellos: en manantial mas lejano tiene su principio.

Seáme lícito decir ahora dos palabras sobre la Comedia del Filosofo Enamorado. El aplauso con que la ha recibido el público en la representacion pudiera ser una prueba equívoca de su tal qual mérito, si se notaran en ella las máquinas ordinarias con que los asentistas de la escena suelen arrancar las palmadas del vulgo. Se sabe ya que echando mano de ciertas situaciones que agradan siempre, y acumulando aparatos, pantomimas, orepeles escénicos, boato y estampido, es facil captar momentaneamente el embeleso de un auditorio ha-

bituado de largo tiempo á este género de representaciones. Pero las situaciones del *Filosofo Enamorado* no están tomadas del almacen de municion adonde acude para proveerse la probreza de los comicastros : en la mayor parte son nuevas, y nacidas del ingenio del Autor. Los caractéres principales son tambien enteramente diversos de los que se ven ordinariamente. Un filósofo, un abaro, un marqués calabera, una dama festiva, sagaz y de espíritu muy sazonado. La constitucion de la fábula camina con suma sencillez y naturalidad : no hay lances intrincados ; gresca, turbulencia, equivocaciones de personas hablándose á obscuras : no hay papeles perdidos, retratos hallados, espadachines tremebundos, criados enredadores, reos que van al cadahalso con faz pálida y cadavérica, Reyes predicadores, heroinas de caballería, juicios militares, cabernas fatídicas, naufragios, batallas, vestiglos, sapos ni culebras. Hay una accion muy simple, desplegada en muy pocas situaciones muy necesarias, y concluida en un desenlaze estrangero á la accion, pero nacido de ella necesariamente. Esta Comedia, pues, ha agradado al público ; y siendo en sí tan sencilla, debe de contener alguna parte de la belleza que hemos bosquejado en las anteriores reflexiônes. Ella no es un monstruo, y ha encantado al público. Aquellos, pues,

que han tomado á su cargo morderla y desacreditarla, darán razon de este fenómeno, quando quieran hacernos la caridad de alumbrar la ceguedad comun con las brillantísimas luces de su doctrina incomparable. Habiendo llevado tan á mal que el público haya reido á mas no poder con las naturalidades del Filosofo, será menester que prueben, que el público no debe reirse con lo que á ellos no les gusta; y que basta que ellos tengan una cosa por mala, para que todo el mundo se eche un candado á los labios, y se guarde bien de reir por no disgustar á varones de tanta autoridad y discernimiento.

Que la Comedia del Filosofo no sea un monstruo (como lo han querido hacer creer algunos de estos dictadores pedantes y estólidos, que porque han decorado maquinalmente quatro reglillas de la poética piensan que tienen capacidad bastante para percibir el mérito ó demérito de las obras de ingenio), se probaria muy facilmente, si quisiésemos incurrir aquí en la pesadez pedantesca de ponerla al toque de las reglas, y demostrar por medio de esta aplicacion, que es regularísima en su accion, en sus costumbres, en sus episodios, en su conexîon, y en su desenlace. En prueba de esto, yo no quiero dar mas de una, que acaso valdrá por todas. Arranquése del todo de la

fábula qualquiera de sus personas, y de sus incidentes, y véase si hará ó no falta para el complemento de la obra: véase si los personages y los incidentes están tan intimamente trabados entre sí, que en quitando uno, queda manca é imperfecta la fábula. Desafio aquí á todos los dientes de los criticones, para que muerdan la Comedia por el lado que quieran; sáquenla los bocados que mas les vengan á los colmillos: sepárense estos bocados, y póngase la Comedia en la escena con las mellas ó huecos que resulten de los mordiscos. Entónces se notará la grande regularidad del Drama: porque ciertamente el incidente mas mínimo que se arranque, hará falta substancial en ella; y no habrá persona omitida que no se eche ménos para el enlace, ó para el desenredo de la fabula.

Los caractéres son de bulto en ella; y lo es igualmente la constancia con que están sostenidos desde que salen á la escena hasta que cae el telon. Don Silvestre siempre es avaro y ruin: el Marqués siempre jactancioso, atolondrado y disoluto: el Filosofo siempre rústico y lleno de candor y virtud: Doña Luisa siempre festiva y sagaz: Benita de natural y sensible: Don Fernando comedido y noble: Doña Inés amante apasionada: el Juez prudente, atento, y de animo generoso: el Escribano osa-

do y entremetido : Roque, criado fiel y astuto. Estos son los genios de los personages; y quede á cuenta de los gozques de la crítica demostrar, ó que no son éstos, ó que siéndolo, se contradicen en su conducta, no siendo al fin del Drama lo que fueron al principio, ó en el medio, lo que fueron al principio y al fin. Entre tanto yo me atreveré á conjeturar, que la celebridad de esta Comedia ha nacido en mucha parte de la verdad que reyna en sus caractéres, y del modo con que están contrastados entre sí. Aquella contraposicion de genios que obran tan diferentemente con un solo movil, ha de agradar por necesidad; bien así como agrada en la orquesta la contrariedad de los sones ajustados á la unidad de la harmonía. No es dado á la estolidez de simples Gramáticos percibir aquellas delicadezas inexplicables que representan con un solo interés un quadro sumamente variado y lleno de vida. Sirvan de exemplo en el Filósofo Enamorado los diferentes efectos que produce en los genios de los Personages la ficcion de declararse el Filósofo pretendiente de Doña Inés. El Filósofo se enamora de veras, y esto mismo dá ocasion á que despliegue su virtud : el Avaro, manifiesta por aquí su ruindad : el Marqués su atolondramiento y baxeza : Don Fernando su generosidad : Doña Luisa su dis-

crecion. Las situaciones todas están escogidas de intento para que resalten mas y mas estos caractéres. No hay situacion ó lance que no le ofrezca al Avaro motivo para ser mas ruin; al Marqués para que sea mas calabera ; al Filosofo para ser mas honrado y bueno ; á Don Fernando para ser mas prudente y noble ; á Doña Luisa para ser mas perspicaz y discreta : y nótese que todas las situaciones nacen de las entrañas de la accion , de modo que están atadas con ella indisolublemente sin que exîsta una que le sea estrangera ó pegadiza. Tiene defectos el Filósofo Enamorado ; ¿ por qué no ha de tenerlos ? El que lo ha escrito se tiene por muy hombre : y en esta parte , sin jactancia , no se creerá nunca inferior á los mismos Plauto y Terencio. No lo tomen á mal esas pobres cabezas gramaticales , que porque saben reglillas creen que tienen ingenio : una escena del Amphitrion (que por la cuenta debe de ser un Drama monstruoso para estos eruditos bozales), vale mas que quanto ha parido hasta aquí la secta estolidorrabiosa de los Aristarcos , Zoylos y Orbilios. Dos mil Preceptistas secos no equivalen á un buen Pintor con sus defectos y todo. Si el Autor del Filósofo ha acertado á agradar sin delirios , y con tal qual regularidad , se dá por muy satisfecho de su labor. No aspira á la gloria de Poeta

Cómico : y le basta haber divertido honesta y racionalmente á sus conciudadanos en tiempo tan desastrado para la escena Española, quando aun la mediania se debe contar por excelencia, y el no delirar debe reputarse por verdadero mérito.

Y por último, ¿qué se infiere de todo lo que pesadamente hemos disertado hasta aquí? Dos desengaños muy importantes para las mejoras de nuestro Teatro : uno, que el no haber buenos Poetas Cómicos en España no nace de la barbarie que iniquamente atribuyen al público, sino de que los ingenios grandes no se humillarán nunca á la servidumbre de alquilar sus Musas. Trátese á estos ingenios como trataban Grecia á Menandro, y Roma á Terencio, y se verá que el Pueblo aplaudirá siempre lo mejor. El segundo desengaño pertenece á los Gramáticos maquinales, que empuñando á cada paso la vara de sus reglillas, pretenden que la capacidad de un ingenio émulo de la naturaleza se sujete á ciertas trabas impertinentes que forjaron otros Gramáticos como ellos, dexándose llevar, no del exâmen racional de la cosa en su misma naturaleza, sino de noticias despedazadas de la antigüedad, que ellos no tanto interpretaban como adivinaban. Por mas que se cansen estos Gramáticos, por mas que se muelan criticando, acriminando, to-

mando la plomada, y nivelando las obras á la exâctitud geométrica, nunca lograrán que Homero dexe de ser Homero. Como la belleza de las obras es toda hija del ingenio, los Pedagogos no alcanzan á comprehender que á veces es menester atropellar una regla poco importante, para que no se pierda un golpe bellísimo que quedaria muy lánguido si se ajustara exâctamente á la reglilla. Por esto, aunque yo tengo por útiles las críticas, porque al fin ventiladas las cosas se desentrañan, y del mutuo conflicto resulta mayor ilustracion para los que leen; pero quisiera que los Gramáticos tuviesen siempre muy presente esta advertencia para no achacar á ignorancia un defecto que acaso se comete de propósito para dar mayor realce á una situacion, á un lance ó un caracter, á un desenredo, &c. La naturaleza misma nos dá en esto el exemplo que deben imitar los Poetas. Todo es proporcionado en ella, pero no proporcionado puntualísimamente á la regularidad de la Geometría, sino á los fines á que están destinados los seres. La excesiva exâctitud degenera casi siempre en sequedad, así como en monstruosidad la suma licencia. *Hoc peccat quod non peccat*, dixo la Antigüedad de uno de sus mayores Cómicos. La *Comedia Antigua* desconocia el Arte: la *Nueva* quiere conocerle demasiado.

Lo que importa es no escribir monstruos ni esqueletos: y que los críticos se den á entender, que con ladridos no se mejoran las Artes, sino haciendo justa estimacion de las obras, y apreciando los ingenios, no solo por lo que se debe á las reglas, pero tambien por lo que se debe al entusiasmo. Al ingenio frio y helado las reglas le servirán de poco; y los ingenios grandes y vehementes no del todo pueden someterse á la servidumbre de la regularidad estrictísima. Sin esta tolerancia no hay que esperar la restauracion del Teatro. Y en verdad ¿no seria un delirio ridículo exîgir lo sumo de la regularidad en los que hoy escriben, como si nuestro Teatro hubiese dado ya algunos pasos hácia su perfeccion? Entre tanto desórden ¿se podrá reprender con razon al que en cosas pequeñas falte algo al órden?

Aut hæc cum illis sunt habenda; aut illa cum his amittenda sunt.

PERSONAS.

DOÑA INES.

DON SILVESTRE, *su hermano.*

DOÑA LUISA, *prima suya*

BENITA, *aya de Ines.*

DON FERNANDO, *Caballero*, Galán.

EL MARQUES DE LA ESPINA, Joven.

DON FELIPE, *Filósofo*, de edad madura.

ROQUE, *criado de D. Felipe*, Escolar.

UN ALCALDE DE CORTE.

UN ESCRIBANO.

UNOS ALGUACILES.



LA ESCUELA DE LA AMISTAD,

ó

EL FILÓSOFO ENAMORADO.

COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

QUARTO EN CASA DE D. SILVESTRE.

ESCENA PRIMERA.

Aparece Doña Inés leyendo: Benita á su lado observándola.

INÉS.

Todo me cansa. (1) Ay Benita !
Quando lograrán remedio
mis males ?

BENITA.

Quando el salvage
de Don Silvestre, cediendo
á su insensata avaricia,
quiera venturosa haceros.

(1) Dexando el libro.

INÉS.

Por Dios no me le motejes,
que al fin es mi hermano.

BENITA.

Quiero
motejarle, si Señora:
y desalmado y perverso
le llamaré, si me enfada.
Qué, ¿es el lance para menos?
Ay es nada! á una muchacha
con una cara de cielo,
con mil gracias peregrinas,
que en su boca, en sus ojuelos,
en su talle, en toda ella
es el hechizo del pueblo,
ponerla en venta, obligarla
á que con un majadero,
calaberuela, aturdido,
case, solo porque el necio
en títulos y opulencia,
no en gallardia ni seso,
excede al joven amable
que sojuzgó vuestro pecho.
Y esto ha de sufrirse? Digo
y redigo, que detesto
á vuestro hermano; y que es . . . . .

INÉS.

Benita, si lo sabemos,
si nos consta la avaricia
de mi hermano, si su genio
no se presta á otros designios
que á aquellos (ay triste!) á aquellos
que el interés acompaña;
si el honor, si el sentimiento

de la humanidad en él
sordos están, quando el eco
de las riquezas escucha;
qué valen nuestros lamentos?
qué pueden nuestras congojas? (1)
Yo no he de doblar el cuello
á la infamia de sus miras:
libre nací, y te prometo
que en mi libertad mi hermano
nunca exercerá su imperio.
Pero conozco tambien
que en mi situacion no puedo
resistir sus tiranías.
Bien sabes que toda pendo
de su arbitrio: nuestros padres
amplia facultad le dieron
para que solo á su gusto
se hiciese mi casamiento:
fue prevencion imprudente,
pero obedecerla debo.
Quejas, lágrimas, suspiros,
querellas, inútil medio
son con un necio inflexîble,
que tiene solo por bueno
lo que á su intento acomoda.
Llamar la muerte en silencio,
y hacer que el paso apresure
con el pesar encubierto,
es solo el remedio fácil
que me queda.

BENITA.

Bien, por cierto!
Este es el mundo: que pague

(1) Aquí se levantan.

la inocencia los excesos
de la maldad! Señorita,
¿y á que viene el embeleco
de toda aquella firmeza,
de ese animoso despecho,
si sé yo, que á vuestros ojos
quiere asomarse el violento
pesar que el pecho os oprime;
y pucheritos haciendo,
busca el alma un desahogo
que la aligere del peso
de su dolor? La desgracia
os desespera: lo veo.....
Vaya, no andemos en fiestas:
jamas esperan los muertos
alivio en sus aflicciones.
Morirse! A querer hacerlo
vuestro hermano, vaya en gracia;
Dios le dé buen paradero;
pero vos......?

INÉS.

Benita mia,
sin tí, quánto desconsuelo
fuera el mio!

BENITA.

Ah picaruela!
Os sonreis? he, yo apuesto
á que sabeis que he citado
á Fernando, al embeleso
de vuestro amor....

INÉS.

A Fernando?

BENITA.

Toma : pues que tiene esto
de estraño ?

INÉS.

No sabes....?

BENITA.

Sí:
dos años ha , ó dos y medio,
que os amais. Bien : no es muy rico,
pero es galan por estremo ,
liberal , pundonoroso,
muy juicioso , y muy discreto,
tanto mejor para vos :
y ojalá que todos ellos
fuesen así. A Don Silvestre
pidió vuestra mano, y luego
se la otorgó , penetrando
la conveniencia que de ello
se le seguia en echar
de su casa vuestro cuerpo ,
y quizá el mio. Bien vá :
aparecióse á este tiempo
ese Marques de la Espina,
fastidioso, vano , inquieto ,
fanfarron , impertinente;
y enamorado el camueso
tambien de vos , se presenta
muy pagado , y satisfecho
de que os merece , y os pide:
excede en lustre y dinero
al pobre de Don Fernando;
y vuestro hermano, rompiendo
la palabra que á este dió,
os ofrece al Marquesuelo,
y despide á vuestro amante.

Qué alma! Por fin, deshecho
el primer nudo; se trata
de ataros á un himenéo
que detestais: y ¿quién puede,
decidme, remediar esto,
sino Don Fernando, y vos?
Dentro de pocos momentos
estará aquí....vuestro hermano
salió ya....conviene presto
armarse contra dos tontos,
que consumar han resuelto
vuestra desgracia. Estos males
jamas el abatimiento
los cura. Quién anda ahí?

ESCENA II.

Fernando y los dichos.

Miren si vino ligero
el paxarito á la jaula.

FERNANDO.

Inés?

INÉS.

Fernando?

BENITA.

Que bueno!
Inés? Fernando? y se quedan
pasmados como dos leños.
Esto es amor? Yo por mí
de amor tan tibio reniego.

FERNANDO.

Ay Benita! qué no sabes
quanto acobarda el extremo

de un peligro irremediable!

BENITA.

Ay Don Fernando! Yo creo
que amar, y dexar la Dama
abandonada á los riesgos
de su suerte, mas que amor
es indiferencia, ó miedo.
Qué os habeis hecho estos dias?

FERNANDO.

Benita, yo lo confieso:
despecharme, respetando
el ya prometido lecho
de Inés: esposa de otro,
aunque á mi pesar, no puedo
exponerla á los alhagos
del aun no apagado afecto.

INÉS.

Esposa yo de otro! Y tú
lo pronuncias! Ah! primero
faltará la luz del dia,
que en mí falten los esfuerzos
para mantener constante
la fé de mis juramentos.
No seré agena, si tuya
no llego á ser.

BENITA.

Ó qué tiernos,
y qué mentecatos! miren
qué espíritu, qué manejo
para salir de un apuro!
Señor mio, ¿y ese genio
tan sutil, tan penetrante,

que sabe decir conceptos
tan lindos y remilgados,
de qué sirve en un aprieto?
Está la triste clamando
por vos ; os estais muriendo
por ella : aprieta el hermano,
insta el Marques : yo , venciendo
mil contingencias , os junto
para que salida demos
á tanto mal , y *Fernando*—
Ines— *Te amo*— *Te respeto*—
No seré agena. Perdidos !
de lo que importa tratemos;
que si se logra , hartos ratos
os quedan para requiebros.

FERNANDO.

Vive Dios , Benita , que eres
terrible.... ¿Pues yo que tengo
que pensar , si esta desdicha
es inevitable ? El terco
capricho de Don Silvestre
no conoces ? No estás viendo
la inexòrable fiereza
de su avaricia?

INÉS.

Ay ! te entiendo,
infiel : tú me has olvidado,
y acudes á este pretexto
para dorar la inconstancia
de tu corazon. Gimiendo
por tí en soledad amarga,
ni aun he tenido el consuelo
de un recado tuyo , en esta
turbada ocasion , en estos

fatales dias, que anuncian
mi pena, y mi llanto eterno.
Vienes á verme, llamado;
urge el peligro; me presto
á quanto para evitarle
dispongas; y tibio, yerto,
ni aun á aliviarme te inclinas
con aquellos fingimientos
que dicta la cortesía.
La aspereza de tu ceño
me dice bien la mudanza
que yo (ay de mí!) no merezco.

FERNANDO.

No, mi Inés; de este delito
no me acusa, no, el interno
sentimiento que en el alma
dura, por mi mal, impreso.
Quanto mas lejos te miro
de mí, tanto mas el fuego
crece de mi amor: te adoro
mas que nunca te deseo.
Mas no es mi amor de linage
tan desatinado y ciego,
que por dar pasto á sus ansias
atropelle tus respetos.
Te amo yo mucho, Inés mia,
para que por mis despechos
quede tu amor empañado;
adoraréte muriendo
en ausencia lastimosa; (1)
y dénte, dénte los Cielos
tantas dichas con tu Esposo,
quantas me niega el funesto

(1) Llora.

rigor con que la desgracia
persigue el cariño nuestro.

BENITA.

Vaya.... No seamos niños.... (1)
Me aflige....Qué amor tan tierno,
y tan infeliz! Mas, ola,
á donde vais? De aquí dentro
no podeis salir sin órden
mia: pues estamos buenos!
Me han hecho llorar, y quieren
hacer mi llanto perpétuo.
Escuche el señor babieca:
¿tan mal juzga del talento
del Aya de Inés, que tiene
por imposible hallar medios
para cortar estos daños?
Su felicidad han puesto
á mi cuidado, y me toca
hacerla feliz....Dexemos
boberias amorosas,
y vamos al grano. ¿Es cierto
que vos, Señor Don Fernando,
estais (clarito) dispuesto
á casar con esta niña,
in facie Ecclesiæ?

FERNANDO.

Mi anhelo
no es otro.

BENITA.

¿Y vos, Madamita,

(1) Quiere irse. Benita gimiendo, y queriendo reprimir el llanto, lo advierte y le detiene.

admitis por novio vuestro
á este Caballero almibar?

INÉS.
Benita, esos devaneos
de tu buen humor, ¡ó quánto
son ahora importunos!

BENITA.
Presto:
no nos andemos con dengues;
si, ó no, como el Evangelio
nos enseña, y yo mil veces
os enseñé.

INÉS.
Mis deseos,
quién mejor que tú lo sabe?

BENITA.
Pues bien: todo así supuesto:
¿vos, Don Fernando, teneis
algun amigo mostrenco,
limpio de muger del todo,
que en riqueza y nacimiento
exceda al Marques de Espina?

FERNANDO.
Joven?

BENITA.
O joven, ó viejo.
Todo es uno para el caso.

FERNANDO.
Entre mis amigos cuento
por el mayor y mas fino
á Don Felipe Cisneros,

hombre ya de edad madura,
riquísimo, y en estremo
prudente y pundonoroso:
pero de tan tosco genio,
tan raro y extravagante,
que entre sus libros envuelto,
vive para sí, ignorado
del mundo que con desprecio
él mira tambien.

BENITA.

Muy bien.
¿Pero ni por nuestro sexô
conoce el mundo?

FERNANDO.

Sin duda.

BENITA.

Es que hay muchos que en encierro
viven sin salir al mundo,
porque algun mundo pequeño
les impide la salida;
y seria chasco fiero
ir á buscar hombre libre,
y hallarle como yo pienso
que están muchos.

FERNANDO.

Es completa
su falta de trato.

BENITA.

Bueno.
Grande hombre! de estos hay pocos.
Pues, á mi gusto: muy serio,
muy eficaz, y muy pronto,

id á ese amigo corriendo,
volando; y aconsejadle
que se declare en efecto
amante de Inés: que trabe
amistad con el podenco
de Don Silvestre; y con varias
indirectillas, suspenso
le tenga, de tal manera,
que se le imagine muerto
por Inés, y que la quiere
para muger. De este enredo
comprendeis ya las resultas?

INÉS.
Ay Benita! por tu zelo
qué gracias podré yo darte?
abrazame. (1)

BENITA.
Y veinte besos
te he de dar: ola, te ries?
Vaya me alegro, me alegro.
A mí me cuesta el trabajo,
y tú logras el recreo.

FERNANDO.
Pero....Benita....

BENITA.
He! embarazos,
y reparitos! Qué es ello?
Hay que vencer cien vestiglos?
hay que hacer blanco lo negro?

(1) Se abrazan.

FERNANDO.

Eres atroz, pues no adviertes....

BENITA.

Señor mio, lo que advierto
es, que vos sois un menguado.
Venid acá: concibiendo
Don Silvestre, que le sale
boda mas rica al encuentro,
no es fuerza, que enhoramala
envie aqueste tontuelo
de Espina, como por él
os desayro á vos? tan lerdo
sois, que se os pasa por alto
lo que se ofrece al ingenio
de una muger?

ESCENA III.

Luisa y los dichos.

LUISA.

Dice bien:
Y yo por mi parte apruebo
todo, todo: y es preciso
lo que Benita ha dispuesto
executar sin tardanza.

FERNANDO.

Señora, los pies os beso,
por el favor de querer
convertir en embustero
á un amigo mio.

LUISA.

Todo
lo he oido, puesta en acecho

en esa pieza ; y afirmo
que si os resistis á hacerlo,
para mí fuerais el hombre
mas debil del universo.

INÉS.

Si no es eso , prima mia,
si es que ya este Caballero
tiene ocupacion mas digna:
ó por serle ya molesto
un afecto conseguido ,
quiere cubrir los desprecios,
con el honor. Hace bien.
Ó ! sus nobles sentimientos
no son dignos de mancharse
con un deshonor tan nuevo,
como impedir la desgracia
de una infeliz. Me avergüenzo,
ingrato , de haberte amado :
ya por fin esperimento
la causa de tu retiro.
El honor , el verdadero
honor , consiste en guardar
la fé , que el labio sincero
pronunció una vez. Ea van
de aquí.

BENITA.

Vamos : bien hecho :
Si creerá que se le ruega ?
Pues ciertamente , perdemos
una linda conveniencia !
Beleta , insensible , yelo ;
qué gracias para rogadas !

FERNANDO.

Inés, Inés, tus recelos
quánto me cuestan! ó amor!
si á complacerla me ofrezco,
disculpa tú mis delirios
en gracia del dulce objeto
que me los inspira....Voy
á obedecerte....¿Mas, quedo
en gracia tuya?

BENITA.

Qué gracia!
Jesus! qué duros, qué tercos
son los hombres! Y el trabajo
que nos cuesta convencerlos!
Vaya el Señor Don Quixote,
y desempeñe el proyecto
con finura; que despues
no faltará algun pretexto
para que arrojado Espina,
ese filósofo huero
se retire, y quede el campo
por Don Fernando.

LUISA.

Y yo quiero
tambien poner de mi parte
un poquito....Ha! sí: el secreto
guardadme, porque es encargo
hecho con grandes misterios
y ponderaciones.....Pues (1)
como digo de mi cuento,
es de saber que me adora,
y se muere por mis huesos

(1) Todo con ironia graciosa.

el Señor Marques de Espina.
Supongo que tendrás zelos (1)
de mí: mas, como ha de ser
si herido el pobre mancebo
está de mi fermosura?
Díxomelo retorciendo
ocho veces la cabeza.
Dió seis suspiros: y un vuelco
le dió el corazon, tan fuerte,
segun dixo; que á quererlo
yo agarrar con estas manos
pecadoras, no hay remedio,
á la hora desta el Marques
iba ganando dinero
sin corazon por el mundo.
Yo vergonzosa me acerco
y le digo: Y es verdad?
Cómo? (dixo) poseeros
fuera mi mayor ventura.
Pero como á Inés ya debo
mi palabra; no es posible
desbaratar el concierto
sin deshonor. Sin embargo
no es vileza, á lo que creo,
casar con ella, y á vos
ofrecer los rendimientos
de mi espontáneo cariño:
con reserva bien podrémos
adorarnos.

INÉS.

Eso dixo?

LUISA.

Oh! es finísimo sugeto.

(1) A Inés.

BENITA.

Qué estrañais? Es sábio el siglo;
y esta es la virtud del tiempo.
Mas oid. El picaporte
suena en la puerta. (1) A esconderos
que es el coco.

FERNANDO.

Yo esconderme?
Frente á frente, vive el Cielo,
le he de expresar mis agravios,
ya que en tal trance me ha puesto.
Padezca mis justas quejas,
pues sus desayres padezco.
No las oigas tú, Inés mia,
por no exponerte.....

LUISA.

En efecto:
hagamos la última prueba.
Puede ser....Si: habladle recio
y veamos si se rinde,
que tambien yo hacer pretendo
mi papel: y en todo caso
en la calle esperad luego (2)
un aviso. Idos que llega:
idos á priesa.

BENITA.

Qué gesto! (3)

(1) A Fernando
(2) A Fernando.
(3) Vanse Inés y Benita.

ESCENA IV.

Sale Don Silvestre.

SILVESTRE.

Que es eso? Por qué huyen esas?
Pero vos aquí? Qué es esto? (1)

FERNANDO.

Pues qué inconveniente......

LUISA.

Primo,
ya es necesario que hablemos
claro, claro. Tus caprichos
de tal modo han descompuesto
á Inés, que ciega al decoro
de esta casa, y tus preceptos
atropellando se vuelve
á su cariño primero
con vehemencia irremediable:
yo la riño, la contengo,
pero....sí.. bonita es ella
para escuchar los consejos
de su prima! En fin....Buen Dios!
en que embolismos nos vemos
sin necesidad!

SILVESTRE.

Y bien:
qué hace aquí este Caballero?
A qué ha venido? No sabe....?

(1) A Fernando.

LUISA.

Ya te pesará saberlo.
Inés llamó á Don Fernando,
segun lo que yo recelo;
y solos en esta sala
ahora los hallé.

SILVESTRE.

Y consiento
tal osadía ? Señor,
ya os he dicho que no os quiero
para cuñado : hay tal tema !
tengo ya su casamiento
tratado, vuelvo á decirlo :
y á ella de su atrevimiento
yo haré que le pese... (1)

FERNANDO.

Y cómo?
A donde vais ? Deteneos:
de qué os admirais ? ¿Vos mismo
no disteis á este suceso
causa bastante, aprobando
la inclinacion, los anhelos
de Inés, y mios ? ¿Y yo
con vuestro consentimiento
no la amé, no la serví,
no me imaginé ya dueño
de su belleza ? ¿De qué
podeis ahora suspenderos,
quando mi honor agraviado
debiera, sí, vive el Cielo,
vengar la infame repulsa
con que vilmente grosero

(1) En ademan de irse por donde entró Inés.

me ofendisteis ? Me merece
desprecio, y horror (sabedlo)
un enlace, que con vos
pudiera estrecharme; pero
Inés, la oprimida Inés,
no debe, no, al indiscreto
poder de un hermano avaro
quedar expuesta. Os protesto
que acudiré á sus alivios
sin temor, sin miramiento,
siempre que los necesite
de mí.

SILVESTRE.

Cómo, cómo es eso?
sois un atrevido, y yo
haré (de cólera tiemblo)
que os pese....

FERNANDO.

Qué ha de pesarme?
solamente conoceros
me pesa...· Señora, á Dios.
Lo dicho dicho: entendeislo? (1)

SILVESTRE.

¿Con que yo no he de poder
mandar en mi casa? cierto
que está buena la aprehension!
Mi padre en el testamento
dexó á mi arbitrio la boda
de Inés; sí señor: y puedo
casarla con quien yo quiera:
y ni vos, ni el mundo entero
me ha de obligar á otra cosa.

(1) Vase.

LUISA.

Silvestre, mira, acordemos
lo mas acertado.

SILVESTRE.

Tú:
tienes de estos embelecos
toda la culpa.

LUISA.

Yo...?

SILVESTRE.

Tú:
¿quando yo salgo, no dexo
encargado que ninguno
me entre en casa?

LUISA.

Segun veo,
tú ignoras lo que es amarse,
inconvenientes tropiezos
no conoce amor, si llega
á ser vehemente.....sosiego,
primo mio; ya se vé,
siempre de negocio lleno,
es dificil que conozcas
las etiquetas, los duelos
de esto que llaman honor
esos mozalvetes bellos,
que son de la sociedad
el alma y el ornamento.

SILVESTRE.

Y á que viene tal arenga?

LUISA.

Escucha. Quando á uno de ellos
se dá una palabra en cosa
séria y de honor, son tremendos
sino se la cumplen. Digo!
y si el amor de por medio
anda, una region de diablos
se les reviste en el cuerpo,
que no hay quien pueda sufrirlos:
de aquí para allí corriendo
ván entónces como locos,
deslumbrados, turbulentos;
y lo peor, recetando
tajos á diestro y siniestro
contra el que de su palabra
retiró la fé.

SILVESTRE.

Ni entiendo,
ni me paro en fruslerías
de esa especie. A mis abuelos
oí siempre decir, que el sábio
muda de opinion. Repruebo
hoy lo que ayer aprobaba
porque mudaron de aspecto
las circunstancias, esto es,
el interes, que es el centro
á donde vá á parar todo
quanto hombres tontos, ó cuerdos
executan.

LUISA.

No, Silvestre:
hay casos en que lo opuesto
es lo que celebra el mundo;
y el crédito no es pequeño
dón, para quien con hombres

ha de vivir. Por exemplo :
conversando aquí á sus solas
una hora , y aun mas (no miento)
Inés con su amante estuvo.
Es muy fácil que á entenderlo
llegue el vulgo : este jamas
piensa bien : corre el suceso
de boca en boca , abultado,
sino con colores feos,
con maliciosos donayres.
Oyelo el Marques. Yo apuesto
á que en el punto, ó se niega
al matrimonio , ó ardiendo
en cólera , á Don Fernando
busca , y le conduce á un puesto,
donde por Doña Inesita
estropeados , ó muertos
queden los dos. A esto llama
honor el mundo : y dispuesto
así ya , no hay que cansarse;
fuerza es que nos conformemos,
ó qual brutos entre breñas
negarse á todo comercio.

SILVESTRE.

Si , Señora , lo conozco,
lo conozco ; y los excesos
sé bien de ese honor maldito.
¡Qué sean tan majaderos
los hombres! ¿Pues yo , que gano
con un ayre , con un viento
que llena solo mi oido,
y no mis arcas ? Dinero :
Luisa, este es el honor :
quien le tiene es noble , excelso,
prudente , sábio....lo es todo :

sin él, nadie es nada...Estemos
en que el Marques de este lance
nada ha de saber. Cubierto
quedará así el desatino
de una loca; y no habrá estruendos,
ni inconvenientes.

ESCENA V.

Sale Espina sofocado.

ESPINA.

Que á un hombre....
como yo, con tal denuedo,
tal desacato, tratase
un hombre medio plebeyo,
un....

SILVESTRE.

Señor Marques, que enojo
es ese?

ESPINA.

Si no me vengo,
qué dirán de mí las gentes?
las tertulias? los paseos
qué dirán? Vos, Don Silvestre,
me habeis engañado.

SILVESTRE.

Siento;
sí á fé, qne penseis así
de quien solo en complaceros
se ocupa.

ESPINA.

Vos me engañasteis:
si, Señor, sois embustero,
y.....

LUISA.

Señor Marques, que idióma
es ese? sabeis que tengo
yo espíritu muy bastante
para hacer que esos denuedos
vayan con vos á la calle
por un balcon? ¿Donde os dieron
esas lecciones tan finas
de urbanidad? Idos presto;
á practicarlas: andad. (1)

ESPINA.

Señora! (2)

LUISA.

Valiente miedo (3)
le dí. De estos fanfarrones (4)
se triunfa con no temerlos.

SILVESTRE.

¿Pero, Señor, qué motivo
hay aquí, qué fundamento
para tanta furia?

ESPINA.

Estoy
fuera de mí, y de mi yerro
os pido perdon. Venia
á ver á Inesita: encuentro
en la calle á ese Fernando,
á ese hidalguillo molesto

(1) Asele de un brazo como para echarle de casa.
(2) Acobardado. (3) A parte.
(4) Luisa le dá una mirada terrible: le dexa: vuélvele la espalda, y dice el aparte sonriéndose.

que en todas partes me enfada,
y en todas partes le observo
recibido con aplauso,
por prendas que yo no advierto
en él, y todos advierten.
Llégase á mí, y previniendo
mi atencion con una arenga
fastidiosa; circunspecto
me dice: hace algunos años
que adoro á Inés, y os prevengo
que me corresponde.....Ahora
salgo de su casa.= Apelo
á la espada, para darle
digna respuesta. Acudieron
gentes, y él muy sosegado
con ayre grave, y modesto
se escabulló. Ya se vé:
me temió. De todo esto
no pudierais, Don Silvestre,
haberme advertido?

LUISA.

Creo,
Señor Marques, que mi primo
no debia, ni por pienso,
hablaros en tal materia;
porque vos solo en efecto
sois aquí el interesado.
Mas ya por fin, que á saberlo
llegásteis, y que es verdad
lo que se os dixo, poneros
de parte de la razon
es, segun yo lo comprehendo,
lo que os toca. Promover
escándalos, que el respeto
de Inés atropellen, fuera

atentado manifiesto
contra su honor: es muchacha:
ama de veras: afectos
forzados nunca los busca
quien de noble, quien de atento
se precia. Señor Marques,
vos hallareis mil empleos
mas felices: (1) y yo sé
de alguna, que á mereceros,
se tuviera por dichosa......
en fin, yo por mí prefiero
que Inés case con su amante,
á los peligros sangrientos
que anuncia esta competencia.

ESPINA.

Señorita, yo no acepto
arbitrios tan vergonzosos,
que dexen mi honor expuesto
á la irrision de las gentes.
Pregúntese por el pueblo,
si ha habido ribal alguno
que me haya echado del puesto
por fuerza. Soy yo mucho hombre
para que sufra mi obsequio
desayres, ni oposiciones.
De bien á bien, ni un cordero
que me iguale: por violencia....
en fin allá lo verémos.

SILVESTRE.

Dice bien: ¡pues no faltaba
mas, sino que ese trastuelo
de Fernando se saliera
con la suya! Entre un Convento

(1) Con ternura y vergüenza afectada

y el Marques, ha de elegir
Inés lo que á su provecho
mas se acomode: (1) y á tí
no te vendrá mal un velo
tambien.

LUISA.

A mí?

SILVESTRE.

Sí Señora. (2)

LUISA.

Percibir mis alimentos
aquí, ó allá, todo es uno.
De mi patrimonio espero
las cuentas: acaba en fin
de darmelas, y te dexo
en el punto, por no verte.

SILVESTRE.

Cuentas! Ya vá! (3) Yo te ruego
solo que no me trastornes
á Inés: de nuestros intentos
ya ves las utilidades.

ESPINA.

Señor Don Silvestre, ahorremos
de palabras: las mugeres
deben solo complacernos,
no dirigirnos. Mi honor
está ofendido. Si cuento
con vuestra palabra.....

(1) Con severidad grosera.
(2) Alzando la voz con enojo.
(3) Con sumision suave.

SILVESTRE.

Cómo ?
ni todo junto el Infierno
hará que yo falte á ella.

ESPINA.

Pues bien : tendrá su escarmiento
mi opositor : y verá
que nunca retrocedieron
hombres como yo. Conmigo
brabatas ! (1)

SILVESTRE.

Y yo pretendo
darle tambien á entender,
que el bien de Inés le pusieron
á mi cuidado , y no al suyo.
Voy á esforzar el empeño
del Marques. Luisa ; por Dios,
persuádela mientras vuelvo....(2)

LUISA.

Qué locos ! qué mentecatos !
Benita ?

ESCENA VI.

Benita y Luisa.

BENITA.

Qué hay ?

LUISA.

Ya se fueron

(1) Vase. (2) Vase.

los fantasmones. Avisa
á Fernando, que al momento
ponga en práctica tu idea,
pues no queda otro remedio.

BENITA.

Nada se ha logrado?

LUISA.

Nada.

BENITA.

Trabajo es luchar con necios. (1)

ESCENA VII.

Don Felipe y Roque. (2)

ROQUE.

Aquí está el libro, Señor....

FELIPE.

Dice bien: gran documento (3)
para ser feliz.

ROQUE.

Ya está
el libro aquí.

FELIPE.

» *Pretendemos* (4)

(1) Vase.

(2) Casa de Don Felipe. Don Felipe en bata y gorro leyendo un libro en pie con mucha profundidad. Roque como que sale de otra pieza con otro libro.

(3) No oye distraido en lo que esta leyendo.

(4) Todo lo que lleva esta señal » se ha de decir leyendo.

»*ser felices? El retiro,*
»*la soledad, y el sosiego,*
»*nos niega á las contingencias*
»*de ser vanos, lisongeros,*
»*ambiciosos, disolutos.*
Yo mismo lo experimento
en mí.

ROQUE.

Señor?

FELIPE.

Retirado.....

ROQUE.

Por el alma de mi abuelo
que filósofo mas bestia
no ví jamas. Los dos textos
que me pedisteis..... (1)

FELIPE.

Roquillo?
Y pues? viste en Epicteto
lo que te dixe?

ROQUE.

Aquí está.

FELIPE.

Apúntalo: es un portento
su doctrina. Las mugeres,
hijo mio, son veneno
mortal para quien aspíra
á conservar el severo
carácter de la virtud.

(1) Tirándole de la bata, vuelve en sí Don Felipe.

No lo dice así ?

ROQUE.

Embeleso
las llama aquí ; no ponzoña.

FELIPE.

Y que mas dá , majadero?
nos matan embelesando :
yo bien sé lo que me pesco :
las aborrezco. (1)

ROQUE.

He de abrir ?

FELIPE.

Pudes decir que durmiendo
estoy , si no es Don Fernando.

ROQUE.

A las nueve ?

FELIPE.

Pues , jumento ,
no puede bien suceder
que á las nueve me dé sueño ?

ROQUE.

¿Y es lícito al varon sábio
mentir ?

FELIPE.

Hombre.....el argumento
es fuerte.... (2) pero anda , anda ,
que tanto de patrañeros

(1) Llaman con golpe , ó campanilla , dentro.
(2) Llaman otra vez.

abunda el mundo, que á veces
le obligan al sábio á serlo,
para que no le deguellen. (1)

ESCENA. VIII.

Sale Don Fernando triste, y Roque.

FERNANDO.

Amigo, guárdeos el Cielo.

FELIPE.

Fernando, que cara es esa?
que triste, que macilento!
he aquí el fruto que se saca
del trato: desasosiegos,
afanes, pesares: no,
no señor: yo bien me entiendo.
En soledad nadie es malo:
en el trato hay pocos buenos.

FERNANDO.

Estoy muerto. (2)

FELIPE.

Lindamente.
Hacedme ahora el cotejo (3)
de mí á vos: huyo del mundo,
y una alegria conservo
inalterable. Y á vos
siempre os hallo con tormentos,
y pesadumbres. Amigo,
á mi capricho me atengo;

(1) Vase Roque.
(2) Con afliccion. (3) Siéntanse.

no tratando con los hombres,
ni me muelen, ni los muelo.
Pero vamos: qué os aflige?
puedo yo favoreceros
en algo?

FERNANDO.

En todo.

FELIPE.

Pues bien,
nunca fui pataratero,
lo sabeis: os conocí
desde niño: y os profeso
el mismo amor que debí
á vuestro padre. Dinero
quereis? ahí estan las llaves.
Mis caudales los contemplo
propios de todos los hombres,
quando carecen de aquello
que á mí me sobra.

FERNANDO.

No, amigo,
para mas arduos empeños
os necesito.

FELIPE.

De todo
soy capaz, quando el consuelo
media de un amigo. Vamos:
fuera vergüenza: Acabemos.
Qué es ello?

FERNANDO.

Yo necesito....
que os enamoreis....

FELIPE.

Arredro.(1)
Yo enamorarme? Estais loco?
Ah: sí: ya caigo; penetro
de esa aparente tristeza
el alegre fingimiento. (2)
Sin zumbas, y cencerradas
no saben estos mozuelos
divertirse.

ROQUE.

Son malditos:
ó enamorando ó riendo.

FERNANDO.

No, amigo; no es este caso
para que á donayre, y juego
lo atribuyais. Es muy grave:
es urgente: y os lo ruego
tan de veras....

FELIPE.

Oyes, Roque,
¿no ves qué grave y qué serio
lo finge?

ROQUE

En eso está el chiste:
de risa me estoy muriendo,
al verle tan compungido.

FERNANDO.

Ha!

FELIPE.

Vaya, vaya: dexemos

(1) Levántase con viveza; y Don Fernando se levanta tambien.

(2) Volviéndose á Roque.

cascabeladas.... Y pues
que se dice del encuentro
de Prusianos y Franceses?
Gran General es por cierto
Mollendorff.

FERNANDO.

Oidme siquiera.

FELIPE.

Sí, Señor, grande; me acuerdo
aún de las últimas guerras
en que hizo frente al Imperio
con honor....

FERNANDO.

Señor, oidme....

FELIPE.

Amigo fue, y compañero
del inmortal Federico:
Amigo, qué hombres aquellos!
ya no los hay.

FERNANDO.

Vive Dios
que ya tolerar no puedo
tanta irrision. Escuchadme
con firme convencimiento
de que es verdad infalible
quanto os diré. Los conciertos
de mi boda con Inés
ya sabeis que se rompieron
por ese Marques de Espina
que se atravesó. Gimiendo
su pena Inés, y agoviado
yo de la mia, al extremo
llegamos de interrumpir....

FELIPE.

Ya estoy: de todo me acuerdo.

FERNANDO.

Hoy me llamó, y angustiada.....

FELIPE.

Con un llanto zalamero,
dos mimos, quatro miradas
lánguidas, seis aspavientos,
y un desmayo bien fingido,
derribó á los pies el seso
de mi amiguito: adelante.

FERNANDO.

O amigo! que en no sabiendo
lo que es amar...

FELIPE.

No se sabe
el predominio perverso
de la muger: adelante.

FERNANDO.

Buscando arbitrios diversos
para evitar los pesares
de este infeliz contratiempo;
pensamos en oponer
un ribal mas opulento
al Marques de Espina....

FELIPE.

Ya:
Yo tengo cara de serlo:
no es así?

FERNANDO.

Ya os lo suplico.

FELIPE.

Y yo no me allano á serlo,
no, señor; pues es friolera!
Yo enamorar! por San Pedro
que seria gusto verme,
calvo, encorvado, moreno,
ignorante de los usos
del mundo, andar compitiendo
con lindos y pisaverdes,
á la edad (ahí es un bledo!)
de cinqüenta años, y mas:
¿puede en un ánimo recto
hallar disculpa un arbitrio
que lleva por fundamentó
la ficcion? Amigo mio,
yo nunca á engañar me venzo.
Si allá en el mundo se estila,
que habiten los trapaceros
el mundo, que le disfruten;
hágales muy buen provecho.

FERNANDO.

Bien dicho! muy bien pensado!
¡y que el sencillo, y honesto
corazon de una muchacha
graciosa, amable, modelo
de virtud, y de hermosura,
doble el oprimido cuello
á un mentecato, insolente,
mal educado, cubierto
de vicios; por la codicia
de un fatuo, sordo á los ecos
de la razon! ¡Que padezca
vuestro amigo el trance fiero,
no solo de renunciar
para siempre á los recreos

de una union feliz, sino
verla entre brazos agenos:
y entre qué brazos! Ay Dios! (1)
Pobre Inés, que desconsuelos
te esperan! Quanta amargura!

FELIPE.

Fernando yo me enternezco, (2)
vive Dios! No tiene duda;
si abandonados los dexo,
estos muchachos se pierden. (3)
¿Qué diablo de sentimiento
será el amor, que perturba
la cabeza al mas discreto?
Mala cosa! mala cosa!

FERNANDO.

Y han de tener privilegio
los malos para triunfar,
¿y no ha de poder tenerlo
la virtud, para oponerse
á la malicia, exerciendo
ardides que la destruyan?

FELIPE.

Teneis razon: me convenzo:
reñir con armas iguales
es lícito; sí: preveo
que el Silvestron, atraido,
segun su costumbre, al cebo

(1) Con ternura
(2) Enternecido y agitado.
(3) Se pasea como meditando; Don Fernando le observa.

de mayor riqueza....(1) Vamos,
consolaos.

FERNANDO.

¿Con que extremos
podré, generoso amigo,
tal favor agradeceros?

FELIPE.

No quiero gracias; jamas
admito agradecimientos
por hacer bien. Todos, todos
con obligacion nacemos
de auxîliarnos en lo justo.
Aquí me teneis dispuesto
para todo, hasta que el campo
os quede libre. En venciendo,
vos os casareis, y yo
á mi tinaja me vuelvo.

ROQUE.

Señor, y si el diablo hace
(pues está siempre despierto)
que la Inesita....

FELIPE.

Qué?

ROQUE.

Digo,
que si os hieren sus ojuelos,
y os inclinais?

(1) Volviendo á Don Fernando en ademan de quererle complacer.

FELIPE.

Botarate!
yo inclinarme!

ROQUE.

Qué sabemos?

FELIPE.

Bestialidad! Ahora bien:
ya sabes quan poco experto
soy en el oficio. (1) Vos
como tan sabio, ofreceros
debeis á ser mi doctor.
Vamos, pues, señor maestro,
¿qué reglas, que requisitos
pide el amor?

FERNANDO.

Lo primero (2)
(riamonos) ir galan,
lo qual pende del aseo,
y del gusto en el vestir
con elegancia, y despejo.

FELIPE.

Roquillo?

ROQUE.

Qué me mandais?

(1) Con ironia ponderada y jocosa dando á entender que su intento es burlarse de lo mismo que hace.
(2) Conoce la intencion de Don Felipe, y con el mismo tono le lleva el ayre.

FELIPE.

Pues ya que estamos resueltos
á ser locos, sácame
mi mejor peluca, y luego
del arcon arrinconado
aquel vestido....

ROQUE.

Ya entiendo:
aquel de las garambainas? (1)

FELIPE.

Ese. Don Fernando el Sexto
puesto se lo vió á mi padre, (2)
y le alabó por lo bello
del corte, y los coloridos.

ESCENA IX.

Roque y los dichos. (3)

ROQUE.

Todo está aquí.

FELIPE.

Ola: el espejo, (4)
y vaya en nombre de Dios.

ROQUE.

Si no me rio, rebiento.

(1) Vase.
(2) Se vá quitando la bata y el gorro.
(3) Saca Roque una peluca y un vestido de hombre anciano algun tanto antiguo.
(4) Se pone la peluca, teniendo el espejo Roque.

FELIPE.

Qué tal? (1)

FERNANDO.

Primorosamente.

FELIPE.

Lo principal está hecho:
el ayre no faltará.

FERNANDO.

No afecteis encogimiento,
y le adquirireis.

FELIPE.

Ya estoy:
talle libre, brazo suelto,
frente empinada, pasitos (2)
menudos, pero ligeros:
ya estoy: que mas falta ahora?

FERNANDO.

El encanto, el embeleso
de la palabra....

FELIPE.

Esto es,
saber encaxar requiebros,
que con palabras muy finas
den á entendér pensamientos
muy groseros y muy sucios.
Veamos como me expreso:
tú eres la Dama: (3) *Adorado*

(1) Acabándose de vestir.
(2) Hace lo que dice.
(3) A Roque.

y echizadisimo dueño
de mi cuerpo , y de mi alma,
de mi alma , y de mi cuerpo.

FERNANDO.

Jesus ! yo muero de risa. (1)

FELIPE.

Os reis ? Pues no os arriendo
la ganancia : lo que veis
en mí , todos lo están viendo
en los amantes. Sus gracias
son risa para el que fresco
los vé y los observa. Vamos,
señor , vamonos corriendo (2)
á ser locos ; pues el diablo
en tal desdicha me ha puesto.

(1) Fernando y Roque se rien.
(2) Se vuelve á ellos , con seriedad jocosa.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. Fernando , D. Felipe y Roque.

FELIPE.

¿Con que por aquí las Damas
han de venir?

FERNANDO.

Me avisaron,
como visteis , de que aquí
viniésemos.

FELIPE.

Lindo trago
me vais á dar. Yo con dengues?
con mimos almivarados?
y con *me muero* , *me fino*,
ay de mí ! *Yo os idolatro* !
De quando acá yo con Damas,
Señor? mi gesto , mis años ,
mi retiro , ¿como pueden
dictar un afecto fatuo,
que no hay en mí y que aborrezco?

ROQUE.

El fingirse enamorado
no es dificil ; yo conozco
mas de dos , y mas de quatro,
que quando les acomoda

saben fingirlo de pasmo,
y los creen, que es lo peor.

FELIPE.

Harán ellas otro tanto,
y váyase uno por otro.
Solo se vive de engaño
en el mundo; y ellos y ellas
suelen entre sí trocarlo.
Pero yo vivo en el mundo,
sin que me deba su trato
solicitud, ni deseo.
Como todos fui muchacho,
y nunca hablé con ternura
á una muger. Qué desbarro!
llenarlas de vanidad
para que nos den el pago
de llevarnos por la rienda,
á manera de caballos.

FERNANDO.

Amigo, yo no pretendo
venceros, ni violentaros
á un imposible. Nos basta
que delante del hermano
de Inés os manifesteis
deseoso, ó inclinado
á casar con ella.

FELIPE.

Bueno!
Señor, ¿y para entablarlo
con propiedad, no es preciso
mirar muy tierno al soslayo,
suspirar timidamente,
y á trompicones hablando
decir veinte boberías

á una mocosa un barbado?
Ah mugeres! por vosotras
todos los hombres son asnos.

ROQUE.

Alto ; que vienen las Ninfas
ya por la calle asomando :
y á fe que pisan con ayre.

FELIPE.

Como es eso? (1) Por San Pablo
que no sé lo que me pasa....
Se acercan? Al primer paso,
qué he de decirlas?... Roquillo,
hombre, dime ; voy de garbo
de que se rian de mí?

ROQUE.

No, Señor : estais bizarro,
y ayroso.

FELIPE.

Gracias á Dios.
Con ellas ser mentecato
no es defecto ; ser mal mozo
es un horrible pecado.

FERNANDO.

Venid.

FELIPE.

Qué es venid? dexad
que lleguen. Burla, burlando
la tempestad se nos viene
á echar encima. Fernando,
llegad vos, que yo á esta esquina

(1) Se asusta.

esperaré retirado
á que las hableis.

ESCENA. II.

Inés, Luisa, Benita y dichos.

FERNANDO.

Muy bien:
la ocasion está en la mano;
y ahora....

FELIPE.

Tiempo habrá otro dia:
andad: podrémos pensarlo
mejor, tomando algun tiempo.
Mirad, como soy Christiano,
que me hallo fatigadillo;
y yo tengo por tan árduo
negocio el enamorar,
que si me falta el descanso,
ahí vá, me echo con la carga
como pollino cansado.

FERNANDO.

Señoras, (1) de la ventura
que me ocasiona el acaso,
de hallaros, mil parabienes (2)
doy á este amigo, que al alto (3)

(1) Acercanse las damas.

(2) Fernando le ase de la mano y le presenta á las damas.

(3) Todo esto lo dirá D. Fernando mirando al soslayo á D. Felipe, y sonriéndose como dando á entender que se burla, para ver la impresion que hace en el Filósofo.

mérito vuestro rendido
ha dias que deseando
está ofreceros su obsequio;
y yo os ruego que aceptarlo
querais.

FELIPE.

Jesus! (1) qué embolismo!
y este lenguage endiablado
he de hablar yo?

ROQUE.

Sin remedio.

FERNANDO.

Qué os deteneis? acercaos,
Señor Don Felipe: (2) vaya
que no es de perder el rato
de hablar con dos hermosuras.

INÉS.

Tan gustosas aceptamos
el favor (yo especialmente)
con que habeis querido honrarnos,
que ojalá pueda algun dia
mi gratitud expresarlo
sin riesgo.

FELIPE.

Esta es la paloma. (3)
Señoras, no sé si paso
la raya de lo debido:
embusterias no gasto.
Quanto tengo, y quanto puedo
con sencillez os consagro:

(1) Volviendo la cabeza á Roque.
(2) En el mismo tono.
(3) Aparte.

si lo admitis, hareis bien,
sino, ni pierdo ni gano.

LUISA.

Benita: que te parece?

BENITA.

Filósofo estrafalario:
raro humor, costumbres toscas.

INÉS.

Nos es hoy tan necesario
vuestro auxîlio...

FELIPE.

Sí, no hay duda: (1)
por Christo que es un milagro
de hermosura la Inesilla. (2)

LUISA.

Señores, á qué pararnos
en ceremonias? Mi prima
(ya lo sabeis) de un infausto
destino se vé amagada:
la compasion, y el amparo
que merece la virtud
oprimida, os inclinaron
á favorecerla: en esto
dais un testimonio claro
de que en vos triunfa igualmente
la virtud. Resta rogaros
solo, que en tan digna empresa

(1) Distraido, mirando con mucho ahinco á Inés.

(2) A parte.

os propongais obligarnos
á eterno agradecimiento.

INÉS.

Señor, aunque á mi recato (1)
no corresponda expresar
con la eficacia del labio
sentimientos que en el alma
causan doloroso estrago,
hay casos, hay ocasiones
en que el poder inhumano
de los hombres nos obliga
á atropellar sin reparo
honor, decoro, respeto,
que en los lances angustiados,
si el decoro es lo de ménos,
es preciso abandonarlo
por no arriesgar lo que es mas.
Con harto pesar os hablo,
sí, á fé mia, en tal materia:
pero, pues sabeis que amo,
que sujetarme pretenden
á un aborrecido lazo;
y que peligra mi vida
si llega á verifiarlo
la codiciosa violencia
de un mas que hermano, tirano:
perdonadle á mi desdicha
este desahogo infausto
de su opresion: y creed
que me cuesta el empeñaros
en mi favor tanta pena,
como le cuesta cuidados

(1) Inés dirá todo este razonamiento con grandísimo afecto y ternura.

á mi amor verse en peligro
de ser siempre desdichado.

FELIPE.

¡Qué suavidad! Qué modestia! (1)
Qué discrecion! poco valgo,
Señora; pero os protesto
que haré por serviros, quanto
necesiteis... Santo Cielo, (2)
¿que sentimiento tan blando
es este, que esta muchacha
inspira en mí? (3)

BENITA.

Que embobado
se queda el hombre! me temo
que si á este bestia fiamos
la empresa, nos ha de dar
ántes risa, y despues chasco.

LUISA.

No lo creas.

BENITA.

Pues no veis...?

LUISA.

Un hombre que retirado
vivió siempre de los hombres,
por no exponerse á ser malo,
será rústico en su modo,
y será en su genio estraño;
mas no será fementido
ni debil. En aquel raro

(1) Aparte (2) Aparte.
(3) Hablan entre sí Felipe, Inés y Fernardo, mientras Luisa y Benita en alto.

traje, y en aquella basta
explicacion contemplando
estoy yo un ánimo grande,
veráz, generoso, franco,
compasivo. Acá en el mundo
por la corteza juzgamos,
pero en abriendo la fruta,
Benita, quantos engaños!

FELIPE.

Pues, Señora, disipad (1)
desde hoy vuestro sobresalto,
y dexadme hacer.

FERNANDO.

Qué gracias
os podré dar...!

FELIPE.

Ea, vamos,
Señor: dexemos frioleras.
Recibiré como agravio,
que el que mi amistad merece
á cada instante apestando
me vaya con ceremonias.
La muchacha es un encanto!
¡nunca creí que una hembra
fuese un animal tan grato!

(1) A Inés.

ESCENA III.

El Marques, Don Silvestre y dichos. (1)

ESPINA.

Ellas son.

SILVESTRE.

Qué desvergüenza!
con el Fernandillo hablando,
sabiendo quanto me irrita!

ESPINA.

¿Quereis ver, quan presto el campo
desocupa? Yo haré.....

SILVESTRE.

No:
fuera alborotar el barrio;
y reñir ante testigos
ocasionára los gastos
de un litigio perdurable.
Al otro que está parado
con ellas, no le conozco.
Bueno será que sepamos
quien es: y por qué motivo
en poder del Asturiano
la casa han dexado sola.
Aquel parece criado....
Esperadme aquí un momento.

(1) Hablan entre sí todos. La situacion de la Escena debe ser ésta: Inés, Benita, Luisa, Felipe, y Fernando, deben hallarse próxîmos á los bastidores de la derecha, Roque quedará detras, como en medio del foro.

ESPINA.

No tardeis, porque me canso. (1)

SILVESTRE.

Presto despacho: Mozito?

ROQUE.

Qué se ofrece?

SILVESTRE.

Interesado
estoy en saber quién es
aquel hombre perdulario
que habla con aquellas Damas:
le conoces?

ROQUE.

¿Y á vos quanto
os importa conocerle?

SILVESTRE.

Si me necesita en algo,
conmigo, no con mi hermana
debe hablar.

ROQUE.

Tate: ya caigo. (2)
Digo que teneis razon;
pero otra vez de mi amo
hablad con mas cortesía;
siquiera porque cuñado
vuestro ha de ser.

(1) Espina se oculta entre los bastidores.
(2) Aparte.

SILVESTRE.
Cómo ?
ROQUE.
Cómo?
Como ha un mes, que está tratando
de pedírosla.

SILVESTRE.
Aquel hombre ?

ROQUE.
Pues que hay en eso de estraño ?
de Don Felipe Cisneros
bien creo que desdeñaros
no podreis. ..
SILVESTRE.
Espera, aguarda:
¿el que está allí, es aquel sabio
tan celebrado de todos
por sus muchos mayorazgos,
y por el retiro austéro
que observa, negado al trato,
y á la sociedad ?
ROQUE.
El mismo.

SILVESTRE.
¿Y ese, dices que ha pensado
(no me engañes) en casar
con mi hermana ?
ROQUE.
Por acaso
la vió un dia: le gustó:
el es de golpe y porrazo:
pensó tener herederos

por linea recta: estoy harto
(dixo) de vivir á solas:
dinero tengo sobrado.

SILVESTRE.
Y se parará en la dote?

ROQUE.
Que dote? ni imaginarlo;
quiere muger solamente,
desnuda hasta de los trapos
que hoy la pertenezcan.

SILVESTRE.
Bueno! (1)

ROQUE.
La vestirá toda.

SILVESTRE.
Brabo! (2)

ROQUE.
Despues dixo, echando cuentas:
con ella vendrá su hermano
á comer todos los dias,
sobre él el peso descargo
del gobierno de mis bienes;
con que libre de este fardo,
con Dios, mi esposa, y mis libros
haré la vida de un santo.

SILVESTRE.
Piensa bien.

ROQUE.
Toma si piensa!

(1) Aparte. (2) Aparte.

ya la tragó el mentecato. (1)

SILVESTRE.

¿Y al otro que está con él
le conoces?

ROQUE.

Amigazo
grande de mi amo, y solo
de quien se fia.

SILVESTRE.

¿Enterado
está tambien del designio
de tu Señor?

ROQUE.

Lo está tanto,
que él es el que mas le incita,
las virtudes ponderando
de Doña Inés, mi Señora;
y esto que segun yo alcanzo
por cosas que les he oido,
á pesar de haberla amado,
por verla feliz, la cede....

SILVESTRE.

Á Dios.

ROQUE.

Mirad que os encargo
el secreto.

SILVESTRE.

Bien está.

ROQUE.

Que alegre va el pobre diablo. (2)

(1) Aparte. (2) Aparte.

SILVESTRE.

Señores? (1) Pues no seria
mejor, ya que molestaros
quereis con estas muchachas,
en mi casa descansados
favorecerme?

FERNANDO.

Por dicha
aquí acaso nos hallamos,
é interesado mi amigo
en disfrutar por un rato
la oportunidad dichosa
de ofrecerse.....

SILVESTRE.

No, no estraño
de la atencion del Señor
Don Felipe, que en honrarnos
se empeñase.

INÉS.

Es muy atento.

FELIPE.

Nunca á lo debido falto,
si se me alcanza: sino,
mi ignorancia me hace salvo.

SILVESTRE.

Señor Don Felipe, vos
me debeis muchos aplausos,
y admiracion: este sitio
no es decente para daros
pruebas de lo que os estimo;

(1) Llega muy oficioso.

quanto puedo, quanto alcanzo,
mi casa, yo, y estas niñas
para serviros estamos
en lo que gusteis. Ahora
permitid que acompañando
las vaya, por que ya es hora.

FELIPE.

Allá me tendreis temprano,
que os quiero hablar.

SILVESTRE.

Sí? pues cuenta
que soy formal, y os aguardo
sin falta.

FELIPE.

No faltaré.
Mucho, mucho me ha gustado
vuestra hermana. Es cosa buena...
ya, ya hablarémos despació.

SILVESTRE.

Pues espero.

FELIPE.

No haré falta.
¡Qué he de faltar, si ya rabio (1)
por no apartarme un momento
de esta mocosa!

SILVESTRE.

A Dios. Vamos.

INÉS.

Señor, las manos os beso. (2)

(1) Aparte. (2) A D. Felipe

LUISA.
Sabed, que me habeis gustado
mucho, mucho. (1)

FELIPE.
Lo agradezco.
Ojalá Inés otro tanto (2)
dixera.

FERNANDO.
Y pues, qué os parece?

FELIPE.
Inés? un Cielo, un pedazo
de... qué sé yo... sois dichoso. (3)

ESCENA IV.

El Marques y los dichos. (4)

ESPINA.
No es por cierto mal petardo,
hacerme esperar dos horas,
y marcharse el insensato
sin contar conmigo; ¡pues
tengo yo un genio gallardo
para que de mí se burlen!
Mas ¿si pretendió arrancarlos
de ellas, y no halló otro arbitrio?
Sí; ahora bien, emprendamos
lo que á mi honor corresponde.

(1) Al mismo, y vase con Benita, Inés y Silvestre. (2) Aparte.

(3) Vase. (4) Quédanse hablando los dos, y al paño sale Espina.

Con vos, Señor Don Fernando, (1)
tengo que hablar.

FERNANDO.

Pues hablad.

ESPINA.

¿No os consta que estoy amando
á Inés?

FERNANDO.

No, Señor.

ESPINA.

No?

FERNANDO.

No.

ESPINA.

Yo sé que estais engañado.

FERNANDO.

Pues yo sé que no lo estoy.

ESPINA.

Oh! no es posible dudarlo,
sabiendo que por mi causa
de su presencia os echaron
para siempre.

FERNANDO.

Poderosa
demostracion! Un avaro
prefiere vuestro dinero:

(1) Sale aquí.

vos solicitais la mano
de una muchacha muy rica:
en tal pretension, no hallo
yo amor, sino conveniencia.

ESPINA.

¿Con qué he de decirlo claro?
pues bien: segun me dixisteis
hace ya mas de dos años
que la amais: yo hace un mes solo:
pero quando me comparo
con vos, sin jactancia, creo
que importa ese breve espacio
mas que vuestra larga fecha.
Estoy poco acostumbrado
á sufrir ribalidades.
En las conquistas que entablo,
la oposicion me fastidia:
os suplico, que no en vano
os haga yo esta advertencia.

FERNANDO.

Qué miseria! (1)

FELIPE.

¿Tan elado
recibis las desvergüenzas
de este bruto?

FERNANDO.

Las aguanto
porque en fin media el honor
de una inocente.

(1) Mirándole con desprecio.

ESPINA.

Yo llamo
cobardía á ese respeto.

FELIPE.

Y yo os llamo á vos un macho (1)
con albarda de insolencias.
¿En que escuela le han dictado
esa vanidad brutal?

FERNANDO.

Ay, amigo, sosegaos:
no os altereis, que yo solo
para contestarle basto.

ESPINA.

Y yo tambien soy bastante
para reprimir á un fatuo
que me insulta.

FELIPE.

¿Cómo es eso
de reprimir? Apartaos,
y dexadme que á este niño
le demuestre á cintarazos
la cortesía que ignora.

FERNANDO.

Deteneos: ...ya acercando (2)
se vá mucha gente: ... presto,
vamos de aquí

(1) Á Espina con cólera.

(3) Sale algun pueblo á los bastidores, y D. Fernando toma del brazo á Don Felipe.

ESPINA.

En qué quedamos?

FELIPE.

En que doscientas patadas
tengo deseo de daros.
Citad lugar y vereis
con que gusto os las estampo.

FERNANDO.

Ya hablarémos. (1) Yo os prometo
que hablarémos.... Alejaos
vos por allí, que nosotros
irémos por este lado,
para evitar que se note
nuestra imprudencia. (2) No alcanzo,
amigo, como ha cabido
en vuestro juicio...

FELIPE.

Me enfado
fuertemente quando noto
á estos niños casquivanos,
llenos de ignorancia, y llenos
de presuncion, muy pagados
de que son lindos y monos.
Yo no puedo tolerarlos;
son detestables, murmuran,
infaman, mienten contando
victorias que no consiguen;

(1) A Espina.
(2) Vase Espina.

ó torpemente ostentando
los triunfos abominables
de su corrupcion. Hinchados,
soberbios, provocativos...
¿y quiénes son? unos trastos
sin crianza, sin principios,
cuyo mérito ordinario
es ser tontos por arriba,
y animales por abaxo.

FERNANDO.

Pero debierais...

FELIPE.

Debiera
haberle roto los cascos,
sí, señor: ¿qué es friolera
mi amigo, é Inés mediando,
venirse con chilindrinas?
es preciso escarmentarlos,
sí, señor, á estos mozuelos;
y hacerles ver á porrazos,
que deben ser comedidos,
ya que no quieren ser santos.
Ay Inés! de mi memoria (1)
no te apartas! Malo, malo. (2)

ESCENA V.

Inés y Benita.

INÉS.

Qué hace mi hermano?

(1) Aparte. (1) Vanse.

BENITA.

Se entró
al instante en su despacho
á ajustar cuentas.

INÉS.

Benita,
¿qué me dices del estado
de nuestra empresa? qué juzgas
de Don Felipe?

BENITA.

No acabo
de asegurarme. Luisa
le tiene por un hombrazo
de estos de seso maduro,
y juicio de cal y canto;
mas yo, en verdad, no las tengo
todas conmigo.

INÉS.

Yo hallo,
que si es de Fernando amigo,
no será de juicio escaso,
ni de virtud.

BENITA.

Ya, es verdad!
bueno ha de ser, no hay dudarlo,
todo lo que pertenezca
á los que queremos....(1)

(1) Con ironia festiva.

ESCENA VI.

El Marques y dichas. (1)

ESPINA.

Pasos
suceden, que si no hubiera
prudencia en un hombre...

BENITA.

Alabo
la urbanidad!

INÉS.

¿Pues qué es eso,
Señor Marques? qué os ha dado?
estais indispuesto?

ESPINA.

Sí: (2)
lo estoy de veras: me abraso
de zelos y de furor.

BENITA.

Ay Dios! que viene rabiando
el pobrecito!

INÉS.

De zelos?

(1) Salé Espina desaforado, y se sienta con descortesía haciéndose ayre con el sombrero, cruzando una pierna sobre otra, y recostándose como sofocado.

(2) Volviendo la cabeza á Inés, y luego dándole la espalda.

ESPINA.

Sí, si, señora...y pues callo (1)
dexame en paz.

INÉS.

Qué locura
es ésta? Vos tan osado
en mi presencia? Conmigo?

ESPINA,

Pues está bonito el caso! (2)
¡me reñirá todavia
despues que estoy tolerando
sus trayciones!

INÉS.

A no ver
que os hallais de juicio falto,
yo os enseñára...

ESPINA.

No digo?
¡sobre que es un incensato
quien las trata con blandura!
ya estoy harto, ya estoy harto
de Don Fernando: lo digo:
sé que tú estás fomentando
sus desvarios: que tú
le haces cara, le has llamado.
Si, señora; lo sé todo. (3)

INÉS.

Benita, coge de un brazo

(1) Levántase y se pasea sofocado.
(2) Mirándola al soslayo, y puesto en planta.
(3) Se pasea.

al Señor Marques, y presto
ponle en la puerta: y no fraguo
mayor venganza, porque
á los necios yo no trato
nunca, sino como necios.

BENITA.

Como que lo haré volando: (2)
camine su Señoría.

ESPINA.

Apartate: ¿con que al cabo
yo he de ceder? Mira, Inés, (2)
tú no sabes los trabajos
que pasa un joven amable,
quando á una Dama obsequiando,
ella lo planta, ó él sufre
no ser solo. En los teatros,
en las tertulias, paseos,
cafees, y bayles mofado
se vé, y desayrado en todo.
Se rien de él por lo baxo,
le destrozan, le deguellan...
Hasta aquí he tenido en salvo
mi honor en punto tan grave.
Tú sola....

INÉS.

Ya no me espanto
de que el honor en el mundo
solo sea un nobmre vano
entre los que mas le nombran.
La apariencia, el aparato

(1) Agarrándole.
(2) Arredrándola con furia.

de la vanidad se busca
en los enlaces sagrados
que delante de las aras
forma el amor. ¿Con qué el fausto
solo os instiga á servirme?
La ostentacion, el conato
de que en toda concurrencia
se diga, que sin contrarios
lograis de una buena moza,
(segun vuestro diccionario)
la mano, y la voluntad?
Horror me causa pensarlo!
El amor, el dulce amor
desconocido en tan baxos
corazones, ¿cómo puede
hacer eterno el alhago,
ni producir fé inviolable
en almas que se juntaron
por vanidad, ó capricho?
Señor Marques, retiraos
para siempre de mi vista.
Yo os lo digo, yo os lo mando,
si es menester. Abomino
vuestras costumbres; retrato
fiel de las que España llora
en la juventud de tantos
que nacen para infestarla.
Ese modo descarado
de hablar, de tratar con quien
ni debe, ni quiso daros
motivo para abusar
de su decoro, empleadlo
allá en vuestras concurrencias:
allá donde del descaro
se hace gracia, y se practican

por donaire el desacato,
y disolucion. No os vais?

ESPINA.

Pero Inés... (1)

INÉS.

Mas escucharos
no quiero: y tened sabido
por lo que interesa á entrambos,
que antes que ser vuestra esposa,
daré mi persona á un claustro.

ESCENA VII.

Silvestre, y los dichos.

SILVESTRE.

Que voces son estas?

INÉS.

Nada. (2)

BENITA.

El señorito es muy guapo!
Vaya, quiere que le quieran
por fuerza: y cierto es un cargo
de conciencia, que se pierdan
tantas gracias (3)

SILVESTRE.

¿Qué ha pasado

(1) Humilde.
(2) Vase. (3) Vase.

Señor Marques? Qué es aquesto?

ESPINA.

Desperdiciar agasajos
inútiles con Inés;
he despreciado otras manos
de mucho mérito, todas,
todas las he desechado
por ella: y viniendo ahora
á suplicarla, que en pago
de lograr la preferencia
de mi pecho, sus conatos
fixe en mí solo; se enoja,
se enfurece, y me ha intimado
que á verla no vuelva.

SILVESTRE.

Ya: (1)
de manera que si hablamos
como se debe, yo creo
que no va descaminado
su enojo. Señor Marques,
es inútil molestárnos
sin necesidad. Inés,
por causas que yo no acabo
de entender, no os puede ver:
os aborrece. Su casto
corazon no se acomoda
con ese desembarazo
que vos gastais: y no hay duda
que de afectos tan contrarios
nunca buenos casamientos
se siguieron. Obstinaros

(1) Con frialdad grosera.

en precisarla, seria
haceros el triste agravio
de veros aborrecido
cabalmente en el estado
que obliga á amar. Ahora bien....

ESPINA.

Ahora bien: yo no me allano
á nada. Me la ofrecisteis?
ha de ser mia.

SILVESTRE.

Despacio
lo tratarémos: porque
negocios tan delicados
piden mucha madurez;
y si una vez se hace el daño,
es dificil remediarle.
¿Y de vuestros Mayorazgos
que nuevas hay? Me aseguran
que los teneis empeñados
excesivamente.

ESPINA.

Mienten.

SILVESTRE.

Dígolo, porque en tal caso
tendria Inés esta causa
mas, para no desearos
por marido. Ella es muchacha,
y gustará del boato
de que careció hasta aquí.
Sus rentas para tal gasto
no bastan: y yo en mis cuentas
me parece que la alcanzo
en muchos miles...No hay duda.

ESCENA. VIII.

Sale Luisa.

LUISA.

Un hombre te está esperando
en la antesala.

SILVESTRE.

Bien, voy:
mientras vuelvo, consultadlo
con Luisa. Sabe mucho,
y ella podrá aconsejaros. (1)

LUISA.

Y que es ello?

ESPINA.

Qué ha de ser?
que Inés ahora se ha empeñado
en despedirme.

LUISA.

Y lo aciertá.
Yo á lo ménos, (2) sino gano
en este lance, consigo
veros libre de unos lazos
que me eran desagradables.

ESPINA.

Zelitos! me alegro: (3) Vamos,

(1) Vase.
(2) Con modestia irónica.
(3) Acercándose á ella con dengue.

alma mia, la verdad,
sin rodeos: te he petado?

LUISA.

Estando Inés de por medio, (1)
no fuera consejo sano
declararme á quien la adora.

ESPINA.

Adorar, he? Sus ducados
tal qual pueden estimarse,
pero ella? Mayor pelmazo
no he visto nunca: muy tiesa,
muy circunspecta, ensartando
sentencias de Capuchino
con ayre severo, y agrio.
Siempre grave, siempre adusta,
modales allá á lo rancio,
del tiempo de las golillas.
Qué peste!

LUISA.

Bien dicho! Aplaudo
vuestro gusto. Está insufrible
con los estilos de antaño,
pundonor, *honestidad*,
respeto: bellos vocablos
del siglo de Doña Urraca! (2)
En fin, Marques, ¿puedo daros
la enorabuena?

ESPINA.

De qué?

(1) Baxando los ojos con pudor estudiado.
(2) Muy alegre.

LUISA.

De qué ya desengañado
dexais á Inés.

ESPINA.

No, Señora:
eso no: caspita! El diablo
que aguantara la rechifla
que entónces en los estrados
se haria de mí: no es cosa!
es un niño: le plantaron:
no sabe: es un pobrecillo:
su mérito es muy mediano;
solo de pensarlo tiemblo.

LUISA.

Me engañé: (1) fue temerario
mi juicio: me imagimaba
dichosa ya, interpretando
á mi favor...¡Qué locura
la mia!

ESPIPA.

¿Pues qué has dudado
de mi amor? Mira, Luisita,
si alguna de veras amo,
eres tú: ya te lo he dicho.

LUISA.

Eso es: y quereis casaros
con Inés.

FSPINA.

No ves que es séria
y Doctora? Estos geniazos
ásperos y fastidiosos,

(1) Con sentimiento vergonzoso, fixando la vista en el suelo.

circunspectos y entonados
son para dentro de casa
excelentes. Yo no paro
dos horas en ella, en estas
hablo muy poco, ó no hablo.
La muger, que desahogue
su genio con los criados:
allá se las haya. Yo,
mientras ella gruñe, escapo
á no merecer el nombre
de baboso, ni de uraño
en la sociedad. Luisita,
te haria el mayor agravio
yo, la mas negra injusticia
con querer que en el estado
del matrimonio se ajáran
tu chiste y tu garabato.
El casarse es para sesas,
para esos genios pesados
que saben únicamente
parir hijos y educarlos.
Una niña de tu chiste,
tu sal y tu desparpajo
en casándose voló,
á Dios, perdió sus encantos.
Nosotros de las esposas
hacemos muy poco caso:
dennos hijos, y esto basta.
Nuestro amor, nuestros conatos
siempre están fuera de casa.
Genios alegres buscamos,
atractivos, hechizeros,
que del manjar cotidiano
desempalagarnos sepan.
Quieres, Luisita, acertarlo?

No te cases. Tú verás
siempre los hombres postrados
á tu imperio, y yo el primero.
Verás que famosos ratos
tenemos, mientras Inés,
gotica de arriba abaxo,
cria chiquillos, y gruñe:
ya lo verás.

LUISA.

Soberano
proyecto, sino ocurriera
un pequeñito embarazo
fácil de vencer.

ESPINA.

Y qual!

LUISA.

No es nada. Inés ha encontrado
hombre igual á sus costumbres,
desea enlazarse á un sábio,
no de estos que nos aturden
con coplas, y papelajos;
sino con uno que pone
su ciencia en ser hombre honrado,
veráz, noble, virtuoso,
buen amigo, y ciudadano
benéfico; á cuyas prendas
añade el extraordinario
mérito de ser mas rico
que vos, con mucho: los pactos
de su boda van á hacerse.
Vos lo sentireis, es claro:
pero ella se encaprichó,
y no hay remedio. Su hermano

se rinde ya. .Marquesito,
paciencia. Yo os acompaño
en el pesar...

ESPINA.

Qué decis?

LUISA.

Yo, ya se vé, nada valgo
para ocupar el lugar
que dexa Inés. Sin embargo,
siento vuestra desventura
mucho, mucho.

ESPINA.

Estoy pasmado! (1)
qué dirán de mí las gentes!

ESCENA IX.

Silvestre, Felipe, y dichos.

FELIPE.

No lo sufro: en vuestro quarto
estabais con otro amigo,
id allá: yo no me pago,
de ceremonias.

SILVESTRE.

Si iré,
porque de él estoy cobrando
ciertos intereses; pero
os dexaré presentado
á las muchachas. Benita? (2)

(1) Quédase suspenso. (2) Sale Benita.

Dí á Inés, que le está esperando
aquí el Señor Don Felipe. (1)

LUISA.

Este es el novio. (2)

FELIPE.

Sentarnos
pudiéramos, si os parece. (3)
Caballero...(4) Hui! Este sandio
aquí? ya no puedo hacer
cosa de provecho.

ESPINA.

Ardo
de colera. Yo pospuesto
á este infeliz mamarracho! (5)
Por quien soy que ha de pagarme
este sonrojo bien caro. (6)

FELIPE.

Mucho tarda vuestra hermana. (7)

SILVESTRE.

Yo la apremiaré de paso;
dispensadme: hasta despues. (8)

(1) Vase Benita.
(2) A Espina.
(3) A Luisa.
(4) Va á saludar á Espina, le conoce y se exâspera.
(5) Aparte.
(6) Vase.
(7) A Silvestre. (8) Vase.

ESCENA X. (1)

FELIPE.

Este lance es apretado.
¿Qué hablaré yo á esta muger? (2)

LUISA.

Estaba, á fé, deseando
veros despacio.

FELIPE.

Lo estimo.
¿Vuestra prima en algun arduo
negocio se ocupa?

LUISA.

No:
no tardará.

ESCENA. XI.

Inés, Benita y dichos.

INÉS,

Vuestras manos
beso, Señor Don Felipe:
perdonadme haber tardado
por que...

FELIPE.

Ya estais perdonada. (3)
Adonde quereis sentaros?

(1) Siéntanse, y están sin hablar un poco de tiempo.
(2) Aparte.
(3) Sumamente vivo y oficioso, toma una silla y la hace sentar á su lado.

aquí á mi lado venid,
porque mil negocios traygo
que deciros. Estais bella.
Vuestras mexillas y labios
son divinos : vuestros ojos
pueden tirar un chispazo
al mismo amor.

BENITA.

Ay Señora !
que se nos derrite el sábio.

LUISA.

Benita, en esta flaqueza,
si no se vé el hombre urbano,
se vé el hombre de verdad.

BENITA.

Os gusta ?

LUISA.

Siempre he estimado
la probidad, y el candor.

INÉS.

Y vuestro amigo ?

FELIPE.

Evacuando
le dexé, no sé que asunto :
vendrá luego : y entre tanto
ya sabeis que á mí me toca
hacer sus veces : (1) (me afano

(1) Aquí se distrae, se levanta, da dos ó tres pasos adelante.

dentro de mí, vive el Cielo. (1)
¿Si me habré yo enamorado?
No: pues ello algo me escuece
la chiquilla: bueno! calvo,
medio viejo, con peluca,
en la ventura empeñado
de mi amigo....(2) Voto á cribas
que fuera tremendo chasco.)

INÉS.
Señor Don Felipe?

FELIPE.
Ah! si:
me enagené.

BENITA.
Está borracho (3)
este hombre?

LUISA.
Yo bien comprendo
su interior, y no me engaño.

FELIPE.
Digo de verdad, Señora,
que si en vos está copiado
vuestro sexô, he sido un bruto
en huirlo y evitarlo
tantos años de mi vida.
Dicen que hay genios bellacos
entre vosotras, mudables,

(1) A parte.
(2) Aquí hará un aspaviento, tal como darse una palmada en la frente, un corcobo, una patada recia en el suelo &c.
(3) A Luisa.

de pensamientos libianos,
y lo que es peor, infieles
á los pobres maridazos
que las regalan y miman.
Esto es malo, cierto, malo:
pero quando se tropieza
con una Inesita, quando
la virtud y la hermosura
se hermanan, me persuado,
(lo conozco) que no acierta
quien vive como ermitaño,
sin tener la vocacion.

INÉS.
Si yo he sabido agradaros,
no culparéis por lo ménos
la eleccion de Don Fernando.

FELIPE.
Culparla? Si él la dexara,
vengara yo agravio tanto
con tomarla para mí.
(Esto es hecho; yo me zampo (1)
de paticas en la hoguera
de amor. Ay Dios! qué trabajo!)

LUISA.
Penetraste ya la causa
de su arrobo?

BENITA.
Demasiado.
Como sin trato ha vivido,
sordo y ciego á los encantos
del sexô, ahora que de cerca

(1) Aparte.

los mira y oye, bufando
los recibe como el toro
las vanderillas.

ESCENA XII.

Don Fernando y los dichos. (1)

FELIPE.

Muchacho,
venid acá, este es el sitio
que os pertenece: ea, largo
y tendido: desatad
la lengua, el suspiro, el llanto:
(mi amigo está aquí; mi amor (2)
enmudeció, y para ahogarlo
del todo)...(3) ¿Estais, Señorita,
con ayre de darme un rato
de conversacion? Ya veis
que aunque no soy vivaracho,
soy solteron, y con rentas,
buen humor, y genio manso.

FERNANDO.

Amigo, yo no consiento... (4)

FELIPE.

¿Estais de amor rebentando,
y me andais en cumplimientos?

(1) Don Felipe al verle se levanta, le ase de un brazo y le sienta en su silla al lado de Inés.
(2) Aparte.
(3) Se sienta junto á Luisa, pone una pierna sobre otra, y la habla con ahinco.
(4) Se levanta Don Fernando.

ea , pese á tal ; sentaos , (1)
y hablad , que hácia aquí nosotros
procuraréinos vengarnos.

FERNANDO.

Ay Inés ! ¿qué para hablarte
haga el enemigo hado
necesidad la cautela ?
¿Por qual error trastornaron
los hombres la ley precisa
de los afectos humanos ?
Ya en vano se aman dos almas :
se corresponden en vano
dos corazones : civiles
intereses conjurados
contra el recíproco afecto,
le harán inútil ó infausto,
con odios , persecuciones ,
y enemistades... Oh ! quántos
lloraron esta desdicha ,
y quánto yo la he llorado !

INÉS.

Querrá el Cielo que se acaben
nuestras penas , y quebrantos
y amanezca mejor dia
á nuestro amor. Si duramos
en nuestra empresa...

FELIPE.

Es verdad : (2)

(1) Vuelvele á sentar , y él junto á Luisa.

(2) Don Felipe habrá estado atento á lo que hablan Inés y Fernando , y vuelve la silla hácia ella para decirla estas palabras.

aunque llovieran venablos
contra mí, del Espinilla
no sereis esposa... Al caso.
En que estábamos? (1)

LUISA.

En que
no haceis mas que embelesaros,
y no escucharme.

FELIPE.

Ya entiendo. (2)

LUISA.

Os soy en muy alto grado
apasionada.

FELIPE.

Ya entiendo. (3)

LUISA.

Porque aunque por mí no basto
á juzgar...

FELIPE.

Ya entiendo... Inés, (4)
no hay que temer. Me he empeñado
en casaros, y con ello
me he de salir, aunque á carros
vinieran por vos Marqueses.
No es bueno que me ha enfadado (5)
que hable con Fernando Inés,

(1) A Luisa volviendo hácia ella la silla.
(2) Distraido.
(3) Distraido.
(4) Vuelve otra vez la silla hácia Inés.
(2) Aparte.

y no conmigo! Ah villano
amor! ya me aprisionaste:
zelos tengo? soy tu esclavo.

BENITA.
Señora, qué hombre es aqueste?
con treinta mil de á caballo
dexadle, y váyase al Limbo.

FELIPE.
Amigo, ya molestamos: (1)
vamos de aquí.

INÉS.
No, señor,
bien sabeis, quan deseado
fuisteis y sois de esta casa.

FERNANDO.
Ahora, amigo, comenzamos
á hablar: ya veis que el asunto
es grave, y requiere espacio.

FELIPE.
Ah Fernando! (2)

FERNANDO.
Qué decis?

FELIPE.
Ya os pesará el escucharlo.
Quisisteis que enamorara?
presto querreis lo contrario.

(1) Levántase como despechado, y despues todos.
(2) Con grandísima vehemencia.

Señoras, ingenuamente:
un momento mas no paro
en vuestra presencia. Yo
me entiendo. Soy delicado
en ciertos puntos. A todos
estoy aquí haciendo daño.
A vos, porque os soy infiel. (1)
A vos, porque no os consagro (2)
mis oficios con pureza.
A vos, porque soy ingrato (3)
al afecto que os merezco.
A tí, por que estás rabiando (4)
por irte de aquí á reir.
A mí, porque...me atraganto
al proferirlo...no puedo...
no estoy bueno: malo me hallo:
aquí en el pecho á la parte
del corazon. No soy mármol:
soy hombre de carne y hueso
como todos mis hermanos.
No quiero ser fementido,
ni esperar mas el amago
de un pesar que me atormente.
Si bien ó mal me he explicado,
no lo sé: sé que las lio,
y que en mi casa os aguardo. (5)

BENITA.

Agua vá: terrible bestia
es el tal filosofastro!

(1) A Fernando.
(2) A Inés.
(3) A Luisa.
(4) A Benita.
(5) A Fernando, y vase.

INÉS.

Le has desairado Luisa?

LUISA.

Ni él sabe si yo le he hablado:
otra es la causa; hablarémos.
A ver á Silvestre paso
para dar un colorido
á esta fuga, que ha arruinado
sin duda nuestros proyectos.
No os detengais vos muchazo,
Señor Don miel: acudid
á vuestro amigo, y cuidadlo,
que es grande hombre: y no os riais
que de todas veras hablo... (1)

FERNANDO.

Es obligacion precisa:
á socorrerle volando
voy. Idolatrada Inés,
permíteme, que al sagrado
vínculo de la amistad
dedique el tiempo que falto
á tus obsequios; que en ménos
obligacion emplearlo
fuera en mí caso imposible.

INÉS.

Vé en buen hora: y respetando
la amistad, no de tu Inés
olvides el trance amargo
en que la ha puesto su suerte

(1) Vase.

desgraciada...Ah ! si enojado
el Cielo no favorece
nuestros intentos; tus llantos
preven para mi sepulcro,
prevenlos. Ay ! que angustiado
mi corazon en la muerte
hallará solo descanso.

FERNANDO.

Ah mi Inés ! sin tí que fuera,
qué fuera de tu Fernando !

Fin del Acto II.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. Felipe D. Fernando, y Roque. (1)

FELIPE.

Mucho tarda. Con Inés
quedó hablando: no es estraña
su detencion. Con Inés!
ya se vé, de tantas gracias
apartarse es muy dificil.
El diantre de la muchacha!
nunca yo la viera... Y bien,
señora ciencia, empleada
por tanto tiempo en tener
las pasioncillas á raya;
soledad, retiro, estudio,
de qué me servis? De nada.
La ciencia puede hacer justos:
pero troncos? Patarata.
Ya lo conozco, sí: y mucho
que lo conozco... (2)

FERNANDO.

Extremada

(1) Quarto en casa de Don Felipe. D. Felipe paseándose melancólicamente: Don Fernando y Roque le observan desde la puerta.

(2) Se sienta con fatiga.

debe de ser su tristeza,
quando asi á sus solas habla.

ROQUE.

Esta es costumbre de sabios:
en las concurrencias callan
como si hablar no supieran:
y á sus solas se arrebatan,
y garlan como cotorros.

FELIPE.

Filosofia! qué fatua
voz, para el que bien la entiende!
Filosofia!... se cansa
un pobre diablo en poblar
su mollera (toda calva
con la fuerza del estudio)
de sentencias ponderadas
con tono de magisterio:
allá en su memoria estampa
magníficos documentos;
virtud, decencia, constancia,
fidelidad, heroismo.
Y bien: qué tenemos? marcha
nuestro sabio á una visita:
vé á una mozuela agraciada,
festiva, ojos retozones,
alagüeña, con tez blanca,
y sonrosadas mexillas:
á Dios: (1) llevóse la trampa
la ciencia del pobre sabio:
y es preciso. ¿Qué es estatua
el hombre aunque sabio sea?
Las pasiones sujetarlas

(1) Aquí se levanta.

á la razon, santo y bueno:
quien de aniquilarlas trata,
ó quiere engañar al mundo,
ó él á sí mismo se engaña.

FERNANDO.

Gran leccion, amigo mio!

FELIPE.

Me oisteis? Qué risa! Vaya
¿qué os parece un docto hablando
consigo á solas? No espanta
con sus arqueos de cejas,
sus gestos, y manotadas?

ROQUE.

Energümenos parecen.

FELIPE.

Roquillo: perdona, y marcha (1)

FELIPE.

Ahora bien: aquí á mi lado
os sentad, y dos palabras
escuchadme atentamente,
y ved que son de importancia.

FERNANDO.

Ya os escucho. (2)

FELIPE.

Pues, Señor,
por experiencia bien larga

(1) Vase Roque.
(2) Siéntanse.

os puede constar que yo
soy hombre de bien.

FERNANDO.

¡Qué estraña
proposicion!

FELIPE.

Despacito:
yo por vuestra linda cara
quise ser vuestro tercero
en esa empresa endiablada
de haceros de Inés marido.

FERNANDO.

Y de ello os doy muchas gracias,
y os pido continueis,
si vuestro mal no se agrava.

FELIPE.

Qué mal?

FERNANDO.

El que os afligió
en casa de Inés.

FELIPE.

Qué gracia!
¡quereis que mi mal no siga,
y de su aumento me encarga
vuestra inocencia! Tontuelo!
¿sabeis de mi mal la causa?

FERNANDO.

Yo, cómo?

FELIPE.

Es una vicoca
tal es su maldita casta,

que hasta con vos me indispone:
ved si será extraordinaria,
quando me hace intolerable
vuestra amistad.

FERNANDO.

Despreciarla
bien podreis vos; mas romperla,
mientras duren en mi alma
razon y agradecimiento,
no le podreis. Sin tardanza
decidme de vuestros males
la ocasion, y acreditada
vereis mi fineza al punto.

FELIPE.

Así prometeis sin tasa?
facilidad de muchacho!
?qué tal, si yo me agarrara
de vuestra promesa ahora?

FERNANDO.

Hay mas que experimentarla?
declaraos.

FELIPE.

Lindamente;
y una vez que está empeñada (1)
vuestra amistad en servirme;
lo que vuestro amigo os manda
es, que abandoneis á Inés,
porque enamorado se halla
de ella vuestro amigo, y quiere

(1) Con seriedad irónica.

hoy mismo la mano darla,
sino lo habeis por enojo.

FERNANDO.
Ahora salis con tal chanza
despues de tantos misterios?
por Dios que todo me hallaba
temblando al veros tan grave
ponderar las circunstancias
de vuestro mal.

FELIPE.
Y qué es poco?
Señor mio, aquella maula
de Inés me ha desconcertado
el corazon. De sus gracias
me prendé: la traydorcilla
me ha clavado hasta las cachas
el puñal de su belleza:
me es imposible mirarla
sin sentir acá en el pecho
un no sé qué, que me arrastra
á estimarla, á apetecerla.
Si este mal, *amor* se llama, (1)
estoy muy malo, muy malo.

FERNANDO.
Hablais de veras?

FELIPE.
¿Se tratan
nunca tan graves asuntos
con ayre de bufonada?

(1) Aquí se levanta Felipe, y Fernando le sigue.

Sí, señor; si la vehemencia
de mi amor no se declara
en toda su fuerza ahora,
crecerá quanto mas vaya
creciendo el trato. Ahora bien;
ya está de muy mala data
este negocio, y así
pues ni querreis que yo os haga
una ruindad, ni yo quiero
hacerla; dexadme en casa
lograr mi antiguo reposo:
ahora es pequeña la llaga,
y admite cura: si vuelvo
á ver á Inés, si á tratarla....
ya me entendeis....vos, y yo
obrarémos con infamia:
yo por mal amigo, y vos
por consentir que mi llama
cada vez se inflame mas. (1)
Qué decis? Ele? no encaxa
mi arenga?

FERNANDO.

¿Con que en efecto
amais de veras?

FELIPE.

¡Hablaba
yo con un sordo? Esto es bueno!
juzgais que no tengo alma
yo tambien, ojos, sentidos,
con todas las zarandajas
de debil, y de sensible?

(3) Don Fernando habrá quedado suspenso profundamente.

FERNANDO.

Un filósofo....

FELIPE.

Extremada
simpleza! Fernando mio,
con sus apariencias bastas,
su severidad, su ceño,
sus sentencias pronunciadas
con autoridad pomposa,
un filósofo se abrasa
dentro de sí con las mismas
pasiones, que acriminadas
se oyen en su boca. Oid:
el que sabe sujetarlas
es filósofo; el que no,
con toda la enorme carga
de su ciencia, será solo
como los mas.....alma baxa.

FERNANDO.

Con que en efecto?

FELIPE.

En efecto.

FERNANDO.

¿Con que si yo no mediara,
vos casárais con Inés?

FELIPE.

Como hay viñas.

FERNANDO.

Pues logradla
enhorabuena; y á Dios:

si conseguis agradarla,
es vuestra; yo me retiro. (1)

FELIPE.

Cómo es eso? Habeis de amarla,
vive Dios, á pesar mio.
Qué? se rompe una palabra
tan fácilmente en asuntos
tan serios? La teneis dada
vuestra fé, habeis de cumplirla.
Amarme Inés! ¡linda traza
tengo yo para querido
de veras de una muchacha
delicada, hermosa, y tierna!
mi amor propio no me engaña.
Si otra fuera, puede ser
que quererme aparentára
por mi hacienda; mas de veras!
majadería, bobada.

FERNANDO.

Inés tiene mucho juicio,
y sé bien que no se paga
de apariencias personales,
sino van acompañadas
con la virtud.

FELIPE.

Y aun por eso
á vos de veras os ama.
¡No se paga de apariencias
personales! si las halla
unidas con la virtud,
se pagará. Voluntaria

(1) Quiere irse.

no amará nunca una niña
á un hombron tosco, de rara
figura, y con sus cinqüenta
navidades á la espalda.
Si por su juicio le elije,
vivirá martirizada
con resignacion. En fin,
ella á vos está inclinada;
y arrancarla de vos fuera
violentar su repugnancia
para hacerla miserable.

FERNANDO.

¿Y qué no está violentada
cruelmente por su hermano?
Si de auxîliarme se aparta
vuestra amistad, nunca Inés
será mia: de la avara
condicion de Don Silvestre
no hay que esperar sino infaustas
opresiones. Al Marques
otra vez querrá entregarla,
y en tan dura alternativa
vos mereceis, cosa es clara,
ser preferido. Servidla,
amigo mio, agradadla,
y hacedla vuestra, que el trato
borrará las circunstancias
desagradables, que ahora
en vos advierta: mis ansias
se darán por muy contentas
de que ya que me separa
mi suerte de Inés, su mano
consiga quién estimarla
sabrá, quién agradecer
el don precioso que alcanza.

FELIPE.

Buen marido hareis sin duda,
quando con paciencia tanta
os resignais!... Señor mio,
haya estorvos, ó no haya,
que yo rabie, que yo ahulle,
Inés por mí su desgracia
no llorará: será vuestra....

ESCENA II.

Roque y los dichos.

ROQUE.

Un Oficial de la Sala
os busca.

FELIPE.

¡Oficial á mí,
que ni pleyto, ni marañas
tengo, ni espero decretos
que me notifiquen! Anda,
dile que entre.....No sé á qué
vendrá ahora esta embaxada.
Oficial! de tales gentes
ni la vida solitaria
se libra....

ESCENA. III.

Roque, un Escribano y los dichos.

FELIPE.

¿Y pues, qué se ofrece,
amigo mio?

ESCRIBANO.

Me mandan
que os notifique en el dia
esta providencia.

FELIPE.

Vaya;
si á mi me embisten con pleytos,
que huyo de los hombres, larga
debe de ser la cosecha
de esta maldita zizaña.
Veamos. (1)

ESCRIBANO.

Mi obligacion
es leer.

FELIPE.

Oigan! Qué cara
de vinagre!

ESCRIBANO.

Y he sabido
hasta ahora desempeñarla
con acierto.

FELIPE.

Y bien? Y qué?

ESCRIBANO.

Y es notoria mi eficacia
en cumplir mi obligacion.

FELIPE.

¿Pues lleve el diablo tu casta
quien te lo niega?

(1) Don Felipe alarga la mano para tomar el papel que habrá sacado el Escribano: este lo retira, y con tono pesado dice todo lo siguiente.

ESCRIBANO.

Quarenta
años, y quatro semanas
hace que me exâminé,
y en este tiempo....

FELIPE.

Despachas,
ó te rompo la cabeza?

FERNANDO.

Amigo, (1) aquí no se gastan
sandeces; haga su oficio,
ó váyase.

ESCRIBANO.

Es que alargaba
el señor la mano, y yo
sé leer.

FELIPE.

Quanto vá que salta
por el balcon el señor
Don Oficial.

ESCRIBANO.

Vaya en gracia. (2)

„El Señor Don Alonso Ramirez, del Consejo de S. M. su Alcalde de Casa, y Corte &c. En la causa, que por delacion de hoy, se debe sustanciar contra Don Felipe Cisneros, mando, que para diligencias quede éste, por ahora, arrestado en su casa, se tome razon de

(1) Al Escribano.

(2) Saca los anteojos, póneselos, y lee tartamudeando.

sus bienes, á cuyo efecto se comisiona el Escribano Simon Trompeta, (servidor de Vms.) interin pasa su Señoría personalmente á continuar las diligencias."

Y firma su Señoría,
segun costumbre: miradla.

FERNANDO.
Amigo, qué es lo que he oido?
qué desdicha no esperada
es ésta?

FELIPE.
Yo no lo sé.
Solo sé que si pillára
aquí al impostor infame
que ha tramado esta maraña,
no se riera el perverso
de su calumnia. ¿Esto pasa
en el mundo? ¿A tanto llega
la iniquidad inhumana
de los hombres, que no sirve,
que no aprovecha, no basta
huir de ellos, evitarlos
para que tranquila, y salva
viva la inocencia?

FERNANDO.
Amigo,
si conoceis que está sana
vuestra conciencia, pensad
que este infortunio os prepara
nueva gloria, lustre nuevo.
Por algun tiempo ofuscarla
podrán vuestros enemigos;

pero al fin, verán burlada
su iniquidad....

FELIPE.

Eso es:
y en tanto que de la manta
tira el diablo, y se descubre,
que sufra penas amargas
el hombre de bien, que aguante
el descrédito, la infamia,
los males que le ocasiona
un vil impostor. Me sacan
de mí, sin que esté en mi mano,
estas cosas: ahí es nada!
Envidias, odios, calumnias,
persecuciones, venganzas,
degollarse unos á otros,
quitarse el honor, la fama,
destruirse, desmentir
los hechos con las palabras,
armarse lazos ocultos,
y con infiel confianza,
preparar alevosías
para que triunfen la trampa
y el vicio de la virtud,
que es siempre sencilla, y franca.
Si estas son allá en el mundo
las mas comunes hazañas,
digo...¿el que las vé, y las sufre,
podrá en paciencia llevarlas?

FERNANDO.

Y si para tales lances
no os aprovecha la sabia
filosofia, ¿á que efecto

con tanto ardor cultivarla?
El hombre justo, seguro
con su inocencia, no infama
su valor con la flaqueza
del lamento. La constancia
es el dote mas precioso
de la virtud: á las almas
debiles tocan las quejas,
y el temor á las malvadas.

FELIPE.

Muy bien dicho; si señor:
está la tierra plagada
de vicios, y la señora
filosofia muy mansa,
flemática, y pachorruda,
con indolencia insensata
los ha de ver, sin que un pito
se le dé de que se vayan
los hombres á los infiernos.
Señor mio, á mi me enfada
toda ruindad: en los hombres
veo solo una camada
de lobos, que se devoran
despues que exercen su saña
sobre la res inocente.
Y pregunto: ¿á quien le causa
gusto verse acometido
de uno, ó mas lobos, que tratan
de pillarle descuidado
para hacer de él su vianda?
A mí no me espantan penas;
tengo para tolerarlas
valor; pero no le tengo
para sufrir con elada
indiferencia la furia

ya sorda, ya declarada
con que á deguello se tiran
esas bestias sanguinarias
que se llaman hombres. (1) Vamos
Señor Don plomo, á otra estancia,
y entregaré los papeles
de mis haciendas y alhajas. (2)

FERNANDO.
Roque qué es esto?

ROQUE.
No sé:
de mí solo se acompaña
mi amo; y siempre inculpable
le he visto.

FERNANDO.
Desdicha estraña!
De qué sirve la virtud?
mi amistad en qué se para?
Buscaré al Juez, le instaré,
y si á librarle no bastan
mis diligencias, conmigo
dividirá sus desgracias.

(1) Al Escribano.
(2) Vase con el Escribano.

ESCENA IV.

Inés, Luisa, Benita, D. Silvestre y dichos. (1)

SILVESTRE.
Oh ! mi Señor Don Fernando ?

FERNANDO.
Guárdeos Dios. (2)

SILVESTRE.
¿Qué patarata
será esta ? A bien que en él
no libro mis esperanzas.

INÉS.
Luisa, no viste aquello ?

LUISA.
Ya voy viendo que no quaxan
nuestros ardides.

SILVESTRE.
¿ Que hay (3)
de nuevo, amigo, que estaba
la puerta abierta, y en ella
dos hombres como de guardia,
que á fuerza de muchos ruegos
nos permitieron la entrada ?
Pasábamos en el coche

(1) Al tiempo de irse Don Fernando salen Don Silvestre y Damas.
(2) Vase sin hacer caso.
(3) A Róque.

por aquí, y estas muchachas
no pudieron resistirse
á la atencion cortesana
de ofrecerse á vuestro amo
personalmente. Está en casa?

ROQUE.

Si, Señor.

SILVESTRE.

Pues avisadle.

ROQUE.

Ay Señor! que algun canalla
le ha perdido.

SILVESTRE.

Le ha perdido?

LUISA.

Que sucede? en qué te paras?
por qué lloras?

ROQUE.

Ahora mismo
de arrestar á mi amo acaban,
y de embargarle la hacienda.
Ay! amo mio!

SILVESTRE.

Caramba!

LUISA.

Y en dónde está preso?

ROQUE.

Aquí.

SILVESTRE.

Y dices que seqüestradas
están todas sus haciendas?

ROQUE.

En este negocio andan
allá dentro.

SILVESTRE.

Lo he sentido
ciertamente ; me gustaba
el buen Don Felipe : sí , (1)
en efecto , su cachaza
era singular.... El pobre
tropezaria en la falta
que todos los sabios. Ellos
en proferir no reparan
proposiciones.... No hay duda...
la libertad con que hablan...
son terribles! Vamos , niñas,
que no es aquí de importancia
nuestra presencia , y corremos
mucho peligro.

INÉS.

¿Así tratas
á quien por consejo tuyo
esta visita excusada
le hemos hecho? Así le dexas,
despues que darle pensabas
mi mano?

SILVESTRE.

Pues que hay en esto
de estraño? Toda es mudanzas
esta vida : el que hoy prospera

(1) Tomando un polvo con frescura grosera.

se vé abatido mañana;
y el hombre prudente debe
no dar lugar á que caiga
sobre él la agena ruina.
Don Felipe me agradaba
para cuñado, mudóse
la suerte; ya no me agrada.
Todos así lo executan,
y él mismo lo executára
conmigo...¿qué es poco asunto
verse enredado en la trama
de una causa criminal,
sin que un quarto á mi me vaya
en ello? Sí: pues es cierto
que son pocos los que pagan
lo que no deben, tan solo
por querer meterse en danzas
que ni les tañen, ni tocan.
Tú de estas cosas, hermana,
no entiendes. Vamos corriendo,
que el Marques estará en casa
esperándonos, y es justo
no darle poste.

INÉS.

Me pasma
tu indignidad, me horrorizan
costumbres tan inhumanas,
tan bárbaros sentimientos
en quién mi hermano se llama.
¿A lástima no te mueve
la infelicidad que agrava
á un hombre, á quien poco ha
tu mismo lisongeabas,
y su deudo apetecias?
Ah! qué vileza! Ea, aparta

tu presencia de este sitio
donde habitan hermanadas,
á pesar de este infortunio
la fé, la amistad, la santa
beneficencia : que un hombre
que hasta aquí virtudes tantas
supo exercer tan constante,
no es posible que pasára
tan presto á la iniquidad
que algun malvado le achaca
para oprimirle. Anda, evita
tu peligro, con la baxa
disculpa de tu prudencia,
y permite que la flaca
firmeza de una muger
te enseñe la ley sagrada
que la humanidad impone:
la inefable ley que manda
condolernos de los males,
y auxîliar en sus desgracias
á los infelices. Ea
vete.

LUISA.

Si, Silvestre, anda
no pares aquí un momento
que suelen salir muy caras
estas generosidades :
nuestro sexô se arrebata
facilmente, y á la vista
del riesgo no se acobarda.
Quando tropieza ocasiones
de dolor, corre con ansia
al socoro : ya se vé,
son locas, y atolondradas
las mugeres! Y aun por eso
es quizá con ella blanda

la justicia, quando acuden
á las desdichas. Mirarlas
con frialdad, y aun con placer,
es grandeza reservada
para los hombres. En ellos
son mas fuertes las entrañas,
son héroes, ya me hago cargo:
y es preciso que no caigan
en flaquezas mugeriles.
Ellos son grandes, si matan,
si destruyen, si persiguen,
si subyugan, si maltratan:
quando deguellan son héroes,
magnánimos quando abrasan
y asolan. Acá nosotras,
que somos, y así nos llaman,
animales imperfectos,
nos hallamos destinadas
á obrar con debilidad;
toda pena nos desmaya,
toda desgracia nos duele,
y corremos á aliviarlas
por lo mismo. Oh! las mugeres
son locas y atolondradas.

BENITA.

No son sino verdaderas
heroinas. Noramala
para los hombres: hicieran
lo que nosotras, y halláran
mas suavidad en la tierra,
costumbres ménos tiranas,
y mas placer y sosiego.
Por su voluntad nos tratan
de animales imperfectos;
y ellos que todo lo mandan

tienen arruinado el mundo,
que es perfeccion extremada.

SILVESTRE.

Ea, si empiezan, ni el diablo
que las sufra: con su labia
querran precisarme ahora
á que yo saque la cara
por un hombre delinqüente
que la justicia afianza...
y con razon, pues lo hace.
Ahora bien, Señoras sábias,
vamos de aquí. A Dios, amigo. (1)

ESCENA V.

Juez, Alguaciles, Don Fernando y dichos. (2)

FERNANDO.

Estas, Señor, son las Damas
que os he dicho, y el hermano..

JUEZ.

Ya estoy. Os puedo dar gracias
porque á los primeros pasos
de tan peligrosa causa,
encontrándome, pudisteis
darme para rematarla,
suficiente desengaño.
Señoras, si no me engañan

(1) A Roque.

(2) Coge de los brazos á las dos para llevárselas, y al tiempo de marchar sale el Juez con Alguaciles, y Don Fernando: Don Silvestre al verlos se queda cortado.

mis noticias, me parece
que es de muy grande importancia
vuestra asistencia á mi lado
en esta ocasion. No salga
nadie de aquí, mientras yo
no mande dar puerta franca.

SILVESTRE.

No lo dixe? (1) me han perdido:
por vida... si es solo gana
de perderse, el hacer bien.
Señor, ved que con incauta
seguridad la desdicha
nos ha traido á esta casa,
sin saber ni presumir
las maldades que fraguaba
su dueño....

JUEZ.

¿Y quien os ha dicho
que son acciones malvadas
las que este mal le ocasionan?
Sabed que hay mucha distancia
de ser infeliz, á ser
delinqüente. Ola, Carranza, (2)
andad, y al Marques de Espina
buscadle, y aquí sin falta
traedle; sabeis quien digo?

ALGUACIL I.

Bien le conozco.

FERNANDO.

Ahora estaba (3)

(1) Afligido y agitado.
(2) A un Alguacil.
(3) Al Alguacil que se vá.

en ese café vecino.
Al pasar le ví en la sala
haciendo corro con otros.

JUEZ.

Hablando mal de la patria
que ellos corrompen ; tachando
con estupendas bobadas
lo que no entienden ; mintiendo
y murmurando. Así pasa
su tiempo la gente culta ;
mientras la tosca se afana
para el ocioso regalo
de esa caterva insensata.
Ahora bien , Señoras mias ,
aunque los Jueces recatan
por lo comun sus designios,
tal vez por no dar entrada
á la malicia , al empeño;
las diversas circunstancias
pueden hacer que esta regla
no nos fuerce á su observancia
perpetuamente. A lo ménos
yo tengo por mas hidalga
conducta evitar delitos,
que buscarlos. Ni me llama
tampoco la inclinacion
á la tela enmarañada
de los litigios. Sus pasos
son , quanto mas se dilatan ,
mas arriesgados. Se dá
lugar á que en busca vayan
de valedores las partes :
á que con nuevas y falsas
cabilaciones y enredos,
las cosas en sí mas claras

se hagan obscuras ó inciertas.
Se acumulan las falacias,
los ardides, los embrollos
enormemente, se agravan
las cosas, compareciendo
con mayor bulto, y turbada
la justicia, en el obscuro
laberinto de tan varias
incidencias; quando quiere
determinarse en las causas,
perplexa y tímida tiembla
porque se halla de luz falta.
Lo digo porque yo siempre
he querido mas cortarlas
en su origen, que esperar
á que influya la tardanza
con su incertidumbre en ellas.
Es una gran patarata
segun creo, la que aquí
me ha traydo, muchachada
de un calavera. El Marques
ha acudido esta mañana
delatando á Don Felipe
de haberle con toda instancia
intimado un desafio.
En su prudencia, y sus canas
tal delirio es increible.
Por otra parte declara
este caballero, que es
efecto de una venganza
tal acusacion. Pretendo
carearlos: solo falta
por lo que á mi intento importa,
que allá dentro retiradas
estas Señoras esperen
mi decision.

BENITA.

Oh! bien haya
mil veces Juez tan prudente!
Bendita sea su alma
y Dios le prospere, amen.
En estos sí que se ama
la justicia: en los Nerones
tiene malísima cara.

INÉS.

Señor, que mireis os ruego
por el sosiego y la fama
de un inocente: lo está
Don Felipe.

ESCENA VI.

Don Felipe, Escribano y dichos.

FELIPE.

Ola! gallarda (1)
visita....(2) Señor, venis
por mí? ya está despachada
la diligencia primera;
vamos, pues, á la posada (3)
del poco pan: sufrirémos
mientras la cosa se aclara:
y despues me marcho á un monte
á vivir entre chicharras.
Me aturdirán......lindamente!
aturden, pero no dañan.

(1) Viendo á las Damas.
(2) Viendo al Juez. (3) Al Juez.

ESCRIBANO.

Ó hay aquí mucha inocencia, (1)
ó mucha malicia.

JUEZ.

Braba
bachillería! su oficio,
quando se lo manden, haga;
y nunca, ya se lo he dicho,
me anticipe en las instancias
su parecer...

FELIPE.

Seo Escribano,
ustedes son lindas maulas:
con esas indirectillas
van preocupando con maña,
el ánimo de los Jueces,
y las sentencias amasan
á su modo: si yo fuera
Magistrado, me pagáran,
vive Dios, cada indirecta
con cepo de seis semanas.
Señoras, yo en tan mal tiempo
tanta dicha no esperaba:
visitar á un delinqüente,
aunque es accion muy humana,
es accion muy afligida.
Amigo, de aquí llevadlas; (2)
y mientras esté en la cárcel,
para nada, para nada
se acuerden de mí: son buenas
y no quiero que estén malas,
ni melancólicas. (3) Vamos,

(1) Al oido al Juez. (2) A Silvestre.
(3) Hace demostracion como de quererlas hacer salir.

que bien podré acompañarlas
hasta la puerta.

JUEZ.

No pueden
faltar de aquí....anticipadas
me debeis muchas ideas
de vuestra inocencia. ¿Estancia
no hay aquí donde estár puedan
ocultas aquestas Damas,
mientras acá ventilamos
este negocio?

LUISA.

Yo osara
dar medio para acabarle
brevemente, si estas faldas
no tuvieran contra sí
la opinion de poco aptas
para tan graves asuntos.

JUEZ.

Mi opinion es muy contraria.
Oigo á todos, y de todos
me informo. Sin repugnancia
decid lo que se os ocurra;
que aunque veais en mi garganta
la golilla, no hallareis
ni sequedad, ni arrogancia,
ni desprecio en mi atencion.
Se precia mucho de urbana
mi Judicatura. Vamos.

LUISA.

Pues en esa confianza,
permitidme que os suplique
una merced.

JUEZ.

Otorgada ,
si es justa.

LUISA.

Sí ? pues os ruego
que en esta pieza inmediata
os ocultéis , y dexeis
que aquí yo quatro palabras
hable con nuestro Don Lindo ,
y vos , Señor , escuchadlas
atentamente.

ESCENA VII.

Un Alguacil y los dichos.

ALGUACIL.

El Marques
esperando en la antesala
está.

JUEZ.

A buen tiempo : alto pues ;
¿qué se pierde en que se haga
esta experiencia ? Tal vez
por no prestarse á una rara
diligencia , queda incierta
la verdad, y castigada
la inocencia.

FELIPE.

Ojalá así
todos los Jueces pensaran :
pero el amor propio... Vamos,
estas son historias largas.
Nos escondemos ?

JUEZ.

Venid
vosotros, en tanto que hablan
aquí, estad allá fuera; (1)
y entre el Marques. (2)

FELIPE.

Quién? el mandria
de Espina? Y ese mocoso
interviene en esta danza?
ya no espero cosa buena.
En fin, allá se las hayan. (3)

LUISA.

Benita, quédate aquí,
y apoya con eficacia
quanto yo diga. Es preciso
sonsacarle.

BENITA.

Sí? en la trampa
caerá; ya estoy.

ESCENA. VIII.

Espina y dichos.

ESPINA.

¿Pues, Luisa,
tú aquí? Quién es de esta casa
el dueño? Aquí me han traido
diciendo que un Juez me llama.
Dónde está? A qué soy llamado?

(1) A los Ministros. (2) Vanse los Alguaciles.
(3) Escóndense.

LUISA.

¿Con que tú, donde te hallas
ignoras, mi Marquesito?

ESPINA.

Nada me ha dicho el canalla
que me ha traido. El gran bestia
por mas que yo le apuraba,
nada ha querido decirme,
solo que un Juez...

LUISA.

Qué bobada!
si dixera que un fiscal,
ó mas bien una fiscala,
tal vez hubiera acertado. (1)
Ah infiel! mira como anda
por tí una misera amante.

ESPINA

¿Y qué es ello?

ESPINA.

Deseaba
hablarte á solas, traydor.
¿Qué, de esta suerte se engaña
á una muger principal?
Ya sé todas tus marañas,
y para que de una vez
de tales cuidados salga
mi pasion, con el ardid
que has visto, así disfrazada
á esta casa te he citado,

(1) Con congoja y vehemencia

donde tengo confianza,
porque la habita un amigo.

ESPIPA.

O amiga...me alegro : vaya.
Con que zelitos? muy bien:
¡miren lo que el diablo fragua
quando sopla á las mugeres!
Yo pensé que me llevaban
á un castillo, y por remate
salimos con esta pata
de gallo. Si son el diantre!
Pero anímate, muchacha:
te quiero, sí, voto á tantos,
así como dos migajas;
y ahora mismo en el café
á los amigos estaba
diciendo, que estás por mí
muertecita, y traspasada
de parte á parte. Te alabo
quando se viene rodada
la ocasion, mira si te amo!

BENITA.

Sí, y la deguella, y la mata
á pesadumbres: si ella
menos tierna se mostrara,
vos la tratarais mejor.

ESPINA.

¿Pues yo puedo mas que amarla
mas que á otras diez que pretenden
conquistarme? me da rabia
con esas impertinencias.
¡Cuydado que son cansadas,
é insufribles las mugeres

quando de veras nos aman!
Todos son zelos, malicias,
presunciones temerarias,
acechos, quejas; desean
la voluntades esclavas:
y lo yerran, como soy;
porque en amor, manga ancha,
quererse mucho, va bien,
pero incomodarse, nada.

LUISA.

Ah infiel! Yo sé que á otro objeto....

ESPINA.

Hay tal porfia! Te engañan
si te han chismeado alguno.
Pudiera, es cierto, á manadas
tenerlos; pero, Luisita,
donde estás tú, todas baxan
el cuello en mi corazon;
á repelones tratarlas,
bromear, pasar el rato,
y hacerlas rabiar de gana
porque no me pillan: esto
ya ves que es cosa que pasa
por diversion: que no es justo
que un hombre de circunstancias
sea uraño, ni cazurro.

LUISA.

Mi Marques, quien siempre anda
distraido, no ama mucho:
olvida pronto, y allana
el paso á otro amor: del modo
que hoy se ha visto, verbi gracia.
Si no adoraras á Inés,

dime infiel, ¿desafiáras
por su causa á Don Felipe?

BENITA.

Líbrese de la pedrada,
Señor Marques. Qué maldad!
á un tiempo engañar á entrambas.
Que por casarse con ella
lo posible se afanara,
ya que su palabra dió,
vaya con Dios: pero amarla
tan de veras, que pretenda
hacerse dueño á estocadas
de su mano; interviniendo
las seguridades dadas
á esta infeliz; ésta, amigo,
es mucha traycion, y...

ESPINA.

Acabas,
parlera de los demonios?
Mira, Luisa, hay gran distancia
de casarse á cortejar:
pero hallándose empeñada
mi opinion, no era posible
que á un ribal yo tolerara
tranquilamente. No amo
á Inés...

BENITA.

Y por ella trata
de matarse.

ESPINA.

Callas?

BENITA.

Callo.

ESPINA.

No ama siempre el que se casa.

BENITA.

Quien no ama, no desafia.

ESPINA.

Otra? me voy si no callas.

LUISA.

Déxale: desea irse,
y aparenta que se enfada.
Déxale, á ver como urde
la disculpa.

ESPINA.

Tú me matas,
Luisa, con esas cosas.
Sobre que no ha sido nada,
nada, nada. Una friolera.
Tuvimos unas palabras
Fernando y yo; se cruzó
á defenderle el fantasma
de Don Felipe. Le dixe,
me dixo, acudió á la zambra
mucha gente, y se acabó.

LUISA.

Pero allí ¿quién provocaba
á quién?

ESPINA.

Yo estaba ofendido:
y nadie jamas me ultraja
impunemente. El Fernando
hace demasiada gala
de oponerse á mis designios:

sus altiveces me cansan :
donde yo estoy nadie triunfa.

LUISA.

Pues bien : doy que se picaran
tu vanidad, ó tu amor,
de ver que otro le aventaja
en el aprecio de Inés:
Don Felipe, dí, ¿qué causa
te dió para que vilmente,
sí, aleve, le delataras,
y trates de su ruina?
la pasion que te arrebata
bien se vé en esto. Tú adoras
á Inés, por mas que disfrazas
tu pasion.

ESPINA.

Mi pasion? ya
vá.

LUISA.

Pues porqué?

ESPINA.

Machaca!
Dale; el tal Don Fantasmon
quiso lograr la alabanza
de ser á mí preferido.
Se me vino con brabatas;
vaya á Oran, y allí verémos
si triunfa de mí. No faltan
testigos á quien los compra,
ya tengo tres...

LUISA.

Es bizarra
la accion! otro en este caso
tuviera por mas honrada

la de haber salido al campo
á ventilar con la espada....

ESPINA.

Tambien yo hubiera salido,
si el parage señalara;
mas no se atrevió. Es cobarde
y como á tal se le trata
bien, echándole á un presidio.

ESCENA IX.

Don Felipe, y dichos.

FELIPE.

Amigo mio, mil gracias
por la caridad.

ESPINA.

Pues vos....

FELIPE.

Embayne Vmd. seo Carranza,
y oígame dos palabritas.
¿Quién calumnia, quién delata
iniquamente, qué pena
merece?

ESPINA.

Luisa, ¿esta trama
se me ha urdido?

BENITA.

Todos somos
texedores: vaya, vaya,
responda clarito, y presto.

FELIPE.

Le ahorraré con mi templanza
el rubor de su locura.
Por senda menos ingrata
echemos, Señor Marques:
bien sabeis la repugnancia
de Inés hácia vos; sabeis...

ESPINA.

Soldaduras escusadas;
me has vendido: bien está:
se acabó: ya serán vanas (1)
tus súplicas, tus afectos
inútiles. Mi constancia
será ya toda de Inés.

ESCENA X.

Inés y dichos.

INÉS.

Si Inés quisiere aceptarla.

ESPINA.

Cómo? donde estoy? que es esto?

INÉS.

Caballerito, cachaza.
¿Tanta merced os haceis
que solo por vuestra cara
creeis que debe recibiros
por marido qualquier Dama,
sin que os merezca un cuidado?

(1) A Luisa.

¡Pues cierto son para amadas
vuestras prendas! Delator,
calumniador con jactancia
de serlo: corazon doble
que al mismo tiempo que casa
con una, pretende á otra
para mantener la infamia
de un comercio escandaloso.
Virtudes tan rematadas
bien merecen ciertamente
justa y merecida paga.
Sois en todo abominable,
y yo os pago con una alta
abominacion.

ESPINA.

Sí? viva;
mi frescura aquí me valga, (1)
que si no esto vá perdido.
Inés, Luisa, si enojadas
estais, buen provecho. Toma!
que tremolina levantan
por una gran bagatela!
Tú, Inesita, te me enfadas
porque, casando contigo,
te dexo libertad amplia
para entrar, salir, volver,
y hacer quanto te dé gana?
Qué tonta! ¿Pues en el dia
solicitan las que casan
otra cosa? Vaya que eres
antigua y engolillada,
si las hay. Pues digo estotra
con escondites me anda
para averiguar sus zelos.

(1) Aparte.

Es este el siglo de Wamba?
Señoritas, nuevos tiempos,
nuevas costumbres.

FELIPE.

Y santas.

ESPINA.

En fin, veo que mi intento
de haceros felices, falla
por ser vosotras muy tontas.
Voyme, pues, donde me aguardan
otras,, que saben vivir:
alegres, desahogadas....

FELIPE.

Adúlteras, disolutas,
escandalosas, libianas.

ESPINA.

Qué decis?

FELIPE.

Pongo unas notas
que vuestro concepto aclaran.

ESPINA.

Vos sois....

FELIPE.

Yo soy, Señor mio,
quien debe á vuestras patrañas
la gloria de verse preso:
y pues al rostro no os saca
los colores la vergüenza
de ver aquí acreditada

vuestra conducta ; una cosa
decidme , y luego....

ESPINA.

Matraca
y á ello! Hay tal machacar!
en fin, en vano trabajan
los que con tontos se mezclan.
Para siempre á Dios madamas.

ESCENA XI.

El Juez, Silvestre y los dichos. (1)

JUEZ.

Y á donde bueno?

ESPINA.

Señor....

SILVESTRE.

No creyera lo que pasa,
si no lo vieran mis ojos.

ESPINA.

¿Perfidia tan inhumana
quando se vió?

JUEZ.

No es perfidia
lidiar con las mismas armas;
si vuestra superchería
formalmente se probara
en un juicio, yo os prometo
que no os saliera barata

(1) Quiere irse, y salen los demas ocultos.

la ligereza. He sabido
la verdad, sin que os costara
rubor, ni perjuicio alguno,
la obligacion de apurarla
que hay en mí. Para castigo
de vuestra imprudencia basta
veros aquí convencido
á juicio y vista de tantas
personas de honor; y si esto
no os corrige, en mí se halla
autoridad suficiente
para que sin otras causas
á lo que hoy os disimulo
le dé su valor mañana.
Que me escuseis os suplico
la necesidad infausta
de portarme como Juez.

FELIPE.

Hele, amigo? se devana
los sesos? hace muy bien,
si con el sonrojo labra
su enmienda. Venga un abrazo,
y que se lleve la trampa
nuestras quejas.

ESPINA.

Estoy muerto.

FELIPE.

Lo siente? bien va: no es mala
señal: él podrá ser bueno;
pero si! si se acompaña
con los suyos, ya le veo
que segunda vez resbala,
y se rompe las narices.

JUEZ.

¿Y de qué modo le quadran
estas cosas al Señor
Don Silvestre? Y bien?

SILVESTRE.

Me pasma
quanto he visto.

JUEZ.

Yo confio,
que pues la primer palabra
se dió al Señor Don Fernando,
llevará á bien no quebrarla
segunda vez.

FERNANDO.

Que me oigais
os suplico. Que entre quantas
venturas pudiera yo
gozar, es la soberana,
la mayor, verme enlazado
á las adorables gracias
de Inés; mi afecto lo ha dicho
en las repetidas ansias
con que perderla he sentido:
ella fue de mi constancia
el único objeto: ella
benignamente inclinada
á mis ruegos aceptó
mis deseos. Se pagaba
mutuamente el amor nuestro,
fundado en las esperanzas
de una union apetecida,
que á su término llegára
sin zozobras, sin tropiezos,
si la inclinacion estraña...
En fin, fue desventurado

nuestro afecto, y esto basta.
Las resultas dolorosas
que ocasionó esta desgracia,
todas las sufre mi amigo;
por mi la clausura grata
de su retiro rompió
para entregarse á la infausta
solicitud de una vida
turbulenta, y afanada,
que le repugna. Por mí,
no receló pasar plaza
ménos decente en el mundo,
poniendo á riesgo sus canas,
y su juicio entre las gentes.
Yo le expuse á que prendada
su voluntad del hechizo
de Inés, experimentára
nuevo linage de penas,
que aunque agradables afanan,
y con los placeres mismos
oprimen y sobresaltan.
Por mí, en fin., el trance duro
sufrió, que mas dolor causa
al hombre de bien: se ha visto
jugete de la acechanza
de unos zelos insensatos,
ó emulacion temeraria,
perseguido, aprisionado,
sujeta su tolerancia
á la opinion maliciosa
de los hombres, siempre vaga,
y siempre maligna. ¿Y yo
despues de tales y tantas
penas por mí padecidas,
me resolveré á pagarlas
con un nuevo sentimiento?

Inés mia, á tí te ama
este amigo generoso;
y quando te rinde el alma,
quien tan hermosa la tiene,
no dudarás aceptarla,
pues vale mas que la mia,
y la mia en ella se halla.
Tan debido sacrificio
débanos la amistad santa,
y el digno agradecimiento
á quien con mano tan franca
procuró hacernos felices
á costa de su desgracia.

INÉS.

No mas: quiero yo á mí misma
deberme (y estoy ufana
de poderlo hacer) accion
tan debida. Si se pagan
tales generosidades
con mi mano, aquí se halla
pronta á unirse para siempre....

FELIPE.

Fernando! Inés! Qué bobada!
que sandez! lloro de gozo....
¿yo privarte, yo privarla
de la tierna inclinacion
que os domina, que os enlaza?
Venid acá: mil abrazos
dadme: gocen vuestras almas
los placeres inocentes
de la pasion que os inflama,
y debeis gozar vosotros,
tú muchacho, ella muchacha.
Gustad, gustad las delicias

del amor en dulce calma,
y en venturosa inocencia.
Yo viejo ya, y á quien llama
la muerte con presto paso,
en soledad retirada
viviré huyendo del mundo,
y aborreciendo su ingrata
turbulencia; y mi consuelo
será saber que se llaman,
y son por mí venturosos
dos corazones que pagan
con la virtud, los deseos
de un amigo que los ama.
Y para que lo exerciten,
que lleven siempre estampada,
esta leccion, y á ser lleguen
lustre, y honor de su patria.

FIN.

ERRATAS.

Pág.	*lin.*	*dice*	*lease.*
XXXII.	28.	de natural;	natural.
4.	4.	aquella,	aquesa.
12.	31.	á mi gusto,	amiguito.
22.	22.	negocio,	negocios.
33.	13.	pudes,	puedes.
62.		la nota (3)	no valga.
64.	12.	ese,	este.
84.	12.	esta flaqueza,	esa franqueza.
119.	18.	al empeño	ó empeño.

AL EXC.^MO SEÑOR
DON LUIS GODOY
Y ALVAREZ,

TENIENTE GENERAL

DE LOS REALES EXÉRCITOS,

GENTIL-HOMBRE DE CÁMARA

DE SU MAGESTAD,

&c. &c. &c.

EPÍSTOLA DEDICATORIA.

Las dulces risas y agradables juegos
Con que en *Fábula* alegre nuestros ocios
(¡Ocios felices!) ocupó Talía,
Hoy van á Vos: y en ellos la memoria

De las horas dichosas; fausto tiempo
En que festiva la Amistad con lazo
De flores nuestros pechos anudaba.
Entonces, ¡ah! quán docto el regocijo
Revolando en las gratas conferencias
Avivaba el deleyte provechoso
De las útiles Musas! De Mirtilo
Allí sonó la cítara fecunda,
Ya modulada á los heroycos sones,
Ya á la cómica sal, ya al delicioso
Encanto de sus mágicas pinturas
Que en gracias mil y mil se derramaban.
Y allí tambien satírico mi plectro
Con áspera irrision sonar hacia
Las hazañas del Vicio; y de sus tonos,
Riendo Vos, temblaban los malvados.
¡Tiempo fugaz! contigo arrebataste
Tan suaves momentos. Fenecieron
Qual sombra leve los risueños dias
De la union venturosa: y de su nudo
Solo nos dexas soledades tristes,
Recuerdo amargo, y esperanza ardiente.
Mas no, amable Luis, no en lo profundo

Del olvido entrará de aquellas horas
El empleo robusto: ni mezclado
Vuestro nombre á los futiles despojos
De la turba vulgar, que en vano vive,
Efímero será; tal como brilla
Relámpago veloz en negra noche.
No así caducan los laureles sacros
Con que las Gracias sus guirnaldas texen
Al Ingenio feliz. Con los destrozos
De la muerte se abisman en eterna
Tiniebla los inútiles desvelos
De la ambicion, de la mortal codicia,
Fribolas pompas, y placeres vanos:
Y allí sobrenadando en la corriente
Rápida de los siglos, salvar saben
Su memoria y su honor las dulces Musas,
Las doctas Artes y el divino Genio.
Tambien de ellas asido entonces triunfa
Del filo de la Parca inexôrable
El nombre afortunado que de apoyo
Les fuera un dia y se gozó con ellas.
    Vos lo fuisteis. Asilo generoso
Vuestra mansion á las errantes Gracias,

No ya seguridad, templo lograron,
Y culto, y votos, y ara permanente:
Donde en almo retiro, y al silencio
De la nocturna paz, ofrendas dignas
Nuestra mano á las Diosas tributaba.
Jamas su umbral de la profana turba
Hollado fue: ni el bárbaro bullicio
De las almas estólidas osado
Entró á su penetral, ni turbar pudo
Los augustos misterios. Incorruptos
De contagio plebeyo, conservaban
Noble y decente el inspirado aliento
Del Vate que al Oráculo subia.
¡Oh! quanto en esto vuestro firme juicio
Lució! ¡Quanto el decoro de las Musas
Deudor os fue de su esplendor durable!
Juglar lisonja ó risa truanesca
No las envileció. No mercenarias
Á insipido deleite ó gusto necio
Su voz torcieron, y el acento ilustre
Vencedor de la muerte y del olvido.
El donayre gentil, la sazonada
Gracia, y el chiste y la agudeza nobles

Allí de los ridículos abusos,
Del vicio y la maldad vengar solian
A la pura Virtud y Ciencia ingenua,
Siempre alabadas, y oprimidas siempre.
Triunfaba la Razon : que sin su imperio
¿Qué vale el hombre ni su mente altiva?
Juguete vano á pasageros gozos
Esteril vivirá, qual pompa fragil
Que el Otoño á los árboles desnuda.
Volved la vista á los obscuros fastos
De la próxîma edad, quando burlesco
Baxo bufon, ó campanudo Numen,
Vagaba Apolo la region nublosa
Del Iberio Parnaso. ¡Quantos Genios
Del corrompido gusto arrebatados,
Quanto espíritu grande; quanta gloria
Perecieron errando en la tinieblas,
Risa de Europa, oprobrio de la Patria!
Vigor inútil en espeso bosque
No asi cubre de rústico ramage
La inculta tierra, qual creció pomposa
En horrido follage y selva ingrata
Del Genio Hispano la virtud fecunda.

Tal es, claro Mancebo, de las Artes
La perplexa fortuna: y de su influxo
Pendientes van en lazo indestructible
La ignominia y la gloria de los pueblos.
Ellas ilustran en edad ilustre,
Y en vil edad deshonran y envilecen.
Y el alto Ingenio, que en los faustos dias
De saber y grandeza, á los remotos
Siglos traslada de su Gente el nombre
Envidiado y famoso; si la suerte
Á ridiculos tiempos le destina,
Traslada solo en sus conatos vanos
Materia infausta á la irrision futura.
Mas no, no impúta al desgraciado Genio
Sus vicios y su error el limpio voto
De la Posteridad. Lamenta, llora
La pérdida fatal de ilustres Mentes
Que para honor de los Mortales cria
Nunca pródigo el Cielo. Al inhumano
Disfavor la gran perdida atribuye;
Y maldiciendo del Poder idiota,
Indignada le silva y le escarnece.
De tal riesgo irá exênta, irá segura,

Discreto Amigo, á los eternos bronces
De la inmortalidad vuestra memoria:
Y allí grabada en el metal luciente
Al lado de los ínclitos varones
Que arribaron qual Vos al arduo asiento,
Leccion será y estímulo animoso
Al Poder venidero, al negligente
Poder, si ó yace estúpido en letargo,
Ó se afana sin tasa, y se desvela
Para adquirir infamia inextinguible,
Premio de la ignorancia. Ni se aparta
De Vos la fama en la carrera breve
Que mide este vivir, en cuyo lustre
La perplexa opinion fiera domina.
Por Vos, si cuelga en la festiva Escena
De mis versos el pueblo numeroso,
Y suspenso y alegre me corona
Con larga aclamacion y aplauso ufano:
Ó si Mirtilo en números mejores
Los abusos retrata, y de sí mismo
Hace que el pueblo á su pesar se burle,
Y adore luego el rayo que le hiere;
Por Vos tal lauro nuestras frentes ciñe:

Y por Vos la razon no ya medrosa
Se calza el zueco, y con despejo pisa
La aun no purgada Escena. Aplauso vuestro
Es nuestro aplauso: y ¿qual mas glorioso,
Si debe un dia á vuestra mano España
Limpio de horrendos monstruos su Teatro,
Á su lustre y honor restituidas
De la Virtud la Escuela deliciosa,
Y el aula de las Gracias apacibles,
Que deleitando y encantando enseñan?
Crezca así vuestra gloria entre las Artes
De la divina Paz: y ¡ah! pueda tierno
Prorrumpir quando os vea el pueblo Hispano:
»Allí vá el Padre, el Bienhechor benigno
»De las tímidas Ciencias. Por el alzan
»La faz gozosa, y plácidas y bellas
»La Virtud en su Imperio restituyen,
»Y el nombre de su Patria inmortalizan."